



HOWARD PHILLIPS
LOVECRAFT
EL HORROR DE
DUNWICH
ILUSTRACIONES
SANTIAGO CARUSO

Lectulandia

«Nadie, ni siquiera quienes conocen los hechos relacionados con el horror reciente, puede decir con exactitud qué sucede con Dunwich; aunque las leyendas antiguas hablan de ritos impíos y aquelarres de los indios, en medio de los cuales invocaban a sombras prohibidas en las grandes colinas redondeadas y realizaban salvajes plegarias orgiásticas contestadas por fuertes crujidos y truenos bajo tierra».

Wilbur Whateley, hijo precoz y monstruoso de una solitaria familia de Dunwich, conserva parte del atroz secreto del *Necronomicón*, el libro prohibido. El secreto no puede, no debe, ser revelado a los hombres: las fuerzas del mal perviven y pueden invocarse. Una vez desatadas, el mundo conocerá su apocalipsis.

El horror de Dunwich es uno de los relatos más perturbadores de la literatura de terror. Las ilustraciones de Santiago Caruso se cuentan entre las mejores recreaciones gráficas del imaginario de H. P. Lovecraft.

Lectulandia

H. P. Lovecraft

El horror de Dunwich (ilustrado)

ePUB r1.0
17ramsor 15.01.14

Título original: *The Dunwich Horror*
H. P. Lovecraft, 1928
Traducción: Elvio E. Gastronfo
Ilustraciones: Santiago Caruso

Editor digital: 17ramsor
ePub base r1.0

más libros en lectulandia.com



HOWARD PHILLIPS
LOVECRAFT
EL HORROR DE
DUNWICH
ILUSTRACIONES:
SANTIAGO CARUSO

TRADUCCIÓN:
ELVIO E. GANDOLFO



EL HORROR DE DUNWICH

Las Gorgonas, las Hidras y las Quimeras, las historias terribles de Celeno y las Harpías, pueden reproducirse en el cerebro supersticioso, *pero existieron antes*. Son transcripciones, *tipos*, los arquetipos están en nosotros y son eternos. ¿De qué otro modo puede afectarnos a todos el relato de aquello que, despiertos, sabemos que es falso? ¿Acaso concebimos de modo natural el terror por tales objetos al considerarlos capaces de infligirnos daño físico? ¡En absoluto! *Esos terrores vienen de antiguo. Vienen de tiempos anteriores al cuerpo, o son ajenos a nuestro cuerpo...* Que el tipo de miedo del que hablamos aquí sea puramente espiritual, que su vigor sea proporcional a su falta de objeto sobre la Tierra, que predomine en el periodo de nuestra inocente infancia... son dificultades cuya solución puede estar en alguna probable percepción a nuestra condición anterior al nacimiento, y en una mirada a la tierra en sombras de la preexistencia.

Charles Lamb, *Brujas y otros terrores nocturnos*

Cuando el que viaja por la zona norte del región centro de Massachusetts toma la bifurcación equivocada en el cruce de la carretera de Aylesbury, después de pasar Dean's Corners, llega a una región solitaria y extraña. El terreno sube y los muros de piedra coronados de maleza se van cerrando cada vez más sobre las polvorientas curvas del camino. Los árboles de los numerosos bosques circundantes parecen demasiado grandes, y la hierba, las zarzas y los pastos salvajes alcanzan un esplendor que no se encuentra a menudo en las regiones habitadas. Al mismo tiempo, los campos cultivados son escasos y áridos; mientras que las casas dispersas exhiben un aspecto sorprendentemente uniforme de vejez, miseria y decadencia. Sin saber por qué, uno vacila en pedir instrucciones a las figuras solitarias y arrugadas que alcanza a ver aquí y allá en los umbrales ruinosos o en las empinadas y pedregosas laderas. Son personas tan silenciosas y furtivas que uno, de algún modo, se siente enfrentado a cosas prohibidas, cuyo contacto es mejor rehuir. La sensación de extraña inquietud aumenta cuando una cuesta del camino permite ver las montañas cerniéndose sobre los bosques. Las cúspide son demasiado redondeadas y simétricas como para dar una sensación cómoda y natural, y a veces el cielo recorta en

silueta, con especial claridad, los curiosos círculos de altos pilares de piedra que coronan la mayoría de ellas.



Desfiladeros y barrancos de profundidad problemática obstaculizan el camino y los rústicos puentes de madera siempre parecen de dudosa

seguridad. Cuando el camino vuelve a bajar hay terrenos pantanosos que uno rechaza por instinto y en realidad casi llega a temer en el crepúsculo, cuando se oye el parloteo de chotacabras invisibles y las luciérnagas salen en abundancia anormal para danzar al ritmo ronco, insistente hasta lo macabro, del estridente canto de los sapos. La línea delgada y brillante del curso superior del Miskatonic tiene un carácter serpentino mientras corre pegado a los pies de las colinas abovedadas entre las que nace.

Ya más cerca de las colinas, uno repara más en sus flancos cubiertos de bosque que en las cimas coronadas de rocas. Estos flancos se alzan tan oscuros y abruptos que uno desearía que mantuvieran la distancia, pero no existe camino que permita escapar de ellos. Al otro lado de un puente cubierto se ve una pequeña aldea acurrucada entre el río y la ladera vertical de Round Mountain; uno se maravilla al ver el apiñamiento de tejados a la holandesa deteriorados, que hablan de un período arquitectónico anterior al de la región colindante. Cuando se mira con mayor atención no resulta tranquilizador descubrir que la mayoría de las casas está abandonada y cayéndose a pedazos, y que la iglesia del campanario roto alberga ahora el único y sórdido establecimiento comercial de la aldea. Uno teme confiar en el túnel tenebroso del puente, aunque no hay modo de evitarlo. Una vez que se atraviesa resulta difícil no tener la impresión de que hay un tenue y maligno olor en la calle de la aldea, como de musgo y decadencia acumulados a lo largo de los siglos. Siempre es un alivio librarse de aquel sitio y avanzar por el estrecho camino que rodea la base de las colinas, y cruzar la llanura hasta reencontrar la carretera de Aylesbury. Después, a veces, uno se entera de que ha pasado por Dunwich.

Los forasteros visitan Dunwich lo menos posible; tras cierto período de horror que asoló el pueblo, se quitaron todos los carteles que indicaban cómo llegar. Si se lo juzga con patrones estéticos comunes, el paisaje es más que bello; sin embargo, no hay afluencia de artistas o veraneantes.

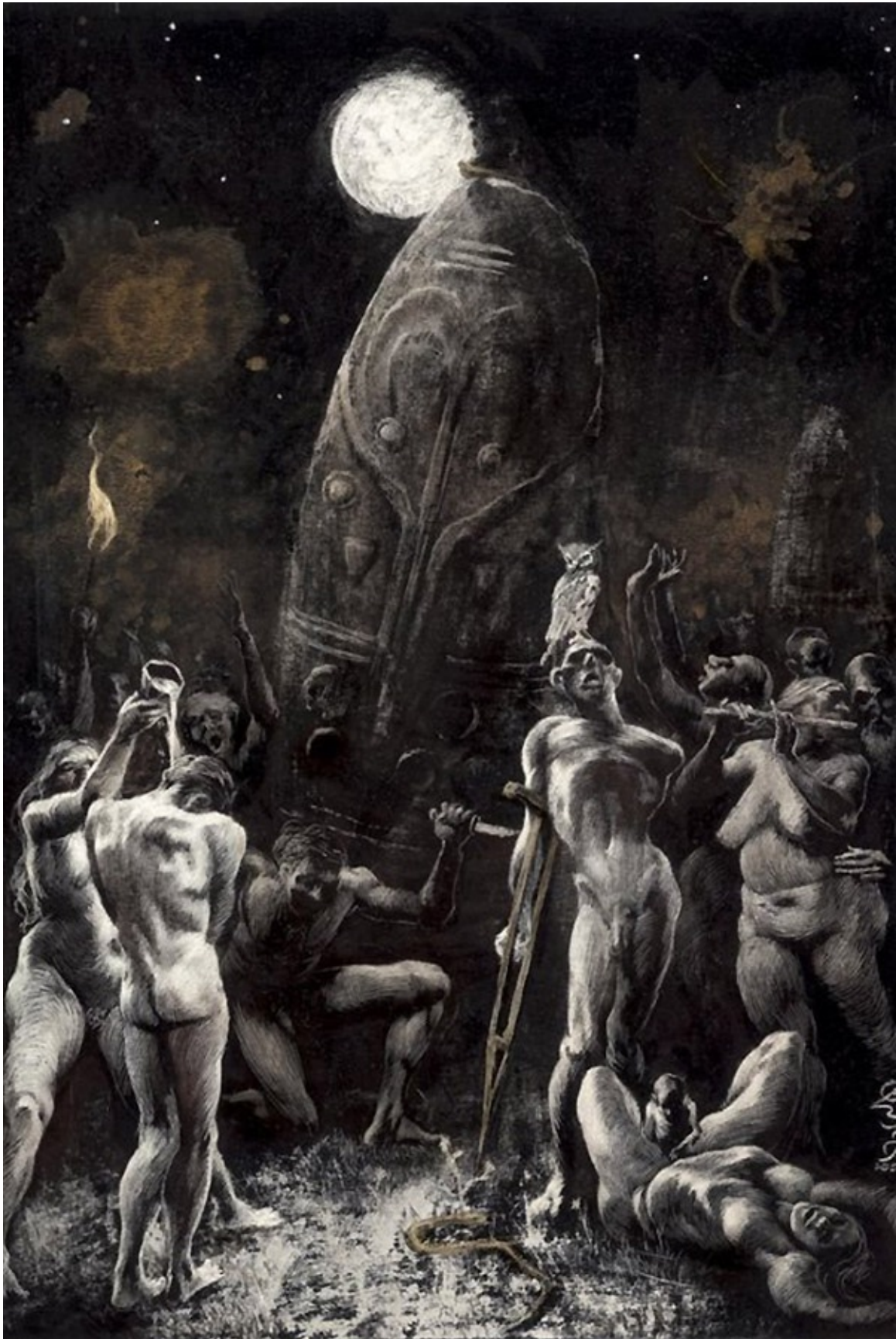
Hace dos siglos, cuando nadie se reía de brujerías, satanismo o extrañas presencias del bosque, se acostumbraba dar motivos para rehuir el lugar. En nuestra época sensata —dado que el Horror de Dunwich, de 1928, fue silenciado por quienes velan por el bienestar de la aldea y del mundo— la gente suele evitarlo sin saber muy bien por qué. Quizás un motivo —aunque no se aplique a los extraños desinformados— es que ahora la gente del lugar

ha caído en una decadencia repulsiva, avanzando sin tregua por el sendero de la regresión, tan común en muchos lugares retirados de Nueva Inglaterra. Han llegado a formar una raza en sí misma, con los estigmas físicos bien definidos de la degeneración y la endogamia. El promedio de inteligencia es asombrosamente bajo, mientras que los archivos del lugar están saturados de franca depravación, de asesinatos medio ocultos, incestos y hazañas de violencia y perversidad casi innumerales. La antigua aristocracia, representada por las dos o tres familias con linaje que llegaron de Salem en 1692, se ha mantenido un poco por encima del nivel general de decadencia; aunque muchas ramas de sus árboles genealógicos se han hundido con tanta profundidad en el sórdido populacho que sólo queda el apellido como clave del origen que mancillan. Algunos de los Whateley y Bishop aún mandan a sus hijos mayores a Harvard y Miskatonic, aunque tales hijos rara vez regresan a los mohosos tejados semiderruidos bajo los que tanto ellos como sus antepasados nacieron.

Nadie, ni siquiera quienes conocen los hechos relacionados con el horror reciente, puede decir con exactitud qué sucede con Dunwich; aunque las leyendas antiguas hablan de ritos impíos y aquelarres de los indios, en medio de los cuales invocaban a sombras prohibidas en las grandes colinas redondeadas y realizaban salvajes plegarias orgiásticas contestadas por fuertes crujidos y truenos bajo tierra. En 1747 el reverendo Abijah Hoadley, recién llegado a la iglesia congregacionista de Dunwich, pronunció un sermón memorable sobre la cercana presencia de Satán y sus demonios, en el que dijo:

Debe reconocerse que tales Blasfemias, procedentes de algún Cortejo Infernal de Demonios, son asuntos de conocimiento demasiado común como para negarse; las voces malditas de *Azazel* y *Buzrael*, de *Belcebú* y *Belial* han sido escuchadas en nuestros días por un grupo de testigos de confianza aún vivos. Yo mismo pude captar, hace no más de una quincena, un muy claro discurso de los poderes malignos en la colina que está detrás de mi casa; había chirridos y estruendos, gruñidos, cascabeleos y silbidos que ningún ser de esta Tierra podría provocar, y que por necesidad debieron provenir de las cavernas que sólo la magia negra puede descubrir, y sólo el Maligno desvelar.

El señor Hoadley desapareció poco después de pronunciar este sermón; pero el texto, impreso en Springfield, aún existe. Hubo informes, año tras año, sobre ruidos en las colinas, y todavía son motivo de intriga para geólogos y fisiógrafos.



Otras tradiciones hablan de olores fétidos provenientes de los círculos de columnas de piedra que coronan las colinas, y de presencias etéreas que pueden ser escuchadas débilmente a ciertas horas en puntos fijos del fondo de los grandes barrancos; mientras que aún otras tratan de explicar el Salto

del Diablo... un flanco de colina estéril, calcinado, donde no crece ningún árbol, arbusto ni hoja de hierba. Los oriundos del lugar también sienten un pánico mortal ante las numerosas chotacabras que rompen a cantar en las noches cálidas. Aseguran que las aves son psicopompos que acechan las almas de los agonizantes, y que lanzan sus gritos pavorosos en consonancia con los resuellos del moribundo. Si consiguen atrapar el alma cuando abandona el cuerpo, alzan vuelo entre un escándalo demoníaco; pero, si fracasan, se hunden poco a poco en un silencio desilusionado.

Desde luego que estas historias son obsoletas y ridículas, pues provienen de épocas muy antiguas. Por cierto, Dunwich es un sitio ridículamente viejo, más viejo, por mucho, que cualquier otro en treinta millas a la redonda. Al sur de la aldea aún se pueden ver las paredes del sótano y la chimenea de la antigua casa de los Bishop, construida antes de 1700; mientras que las ruinas del molino de la cascada, construido en 1806, constituyen la pieza arquitectónica más moderna que puede visitarse. La industria no floreció aquí y el movimiento fabril del siglo XIX duró poco. Lo más antiguo son los grandes anillos de columnas, de piedra toscamente labrada, en la cima de las colinas; pero, por lo general, se atribuyen más a los indios que a los colonos. Los depósitos de cráneos y huesos descubiertos dentro de estos círculos, y alrededor de la gran roca en forma de mesa en Sentinel Hill, sustentan la creencia popular de que tales lugares fueron en otros tiempos cementerios de los *pocumtucks*, aun cuando muchos etnólogos, pese a la absurda imposibilidad de semejante teoría, insisten en creer que son restos caucásicos.



I I

Fue en el perímetro municipal de Dunwich, en una granja amplia, parcialmente deshabitada, levantada en una ladera a cuatro millas del pueblo y a una media de cualquier otra vivienda, donde Wilbur Whateley nació a las cinco de la madrugada del segundo domingo de febrero de 1913. La fecha fue recordada porque era la fiesta de la Candelaria, que la gente de Dunwich, curiosamente, observa bajo otro nombre; así como por los ruidos que sonaron en las colinas y porque todos los perros de la comarca estuvieron aullando con persistencia a lo largo de la noche anterior. Menos digno de mención fue el hecho de que la madre fuera una de las Whateley de la rama decadente, una mujer albina, algo deforme, nada atractiva, de treinta y cinco años, que vivía con un padre anciano y medio loco, sobre el que habían corrido los más espantosos rumores de brujería en su juventud.

Lavinia Whateley no tenía marido, pero siguiendo la costumbre de la región no hizo ningún intento de ocultar su maternidad; por mucho que la gente de la región pudiera —y así lo hizo— especular tanto como quisiera sobre el otro progenitor. Por el contrario, la feliz madre parecía extrañamente orgullosa del niño moreno y con facciones cabrías, que tanto contrastaba con su propio albinismo enfermizo y de ojos rosados, y se la escuchó murmurar curiosas profecías acerca de sus insólitos poderes y su futuro portentoso.

Lavinia bien podía murmurar tales cosas porque era una criatura solitaria, acostumbrada a vagabundear durante las tormentas eléctricas de las colinas y a tratar de leer los grandes libros olorosos que el padre había heredado de los Whateley a lo largo de dos siglos y que se estaban cayendo a pedazos por culpa de la edad y los gusanos. Lavinia nunca había ido a la escuela, pero conocía numerosos fragmentos incoherentes de antigua sabiduría popular que el viejo Whateley le había enseñado. La gente siempre había temido aquella granja apartada debido a la reputación del viejo Whateley de entregarse a ritos de magia negra; la muerte violenta, nunca explicada, de la señora Whateley cuando Lavinia tenía doce años, no había ayudado a hacer popular el sitio. Aislada y entre extrañas influencias, a Lavinia le gustaban los ensueños salvajes y majestuosos y las ocupaciones singulares. No estaba muy atada a las tareas domésticas en un hogar donde toda norma de orden y limpieza había desaparecido hacía tiempo.

La noche en que Wilbur nació, se oyó un grito espantoso que arrancó ecos incluso por encima de los ruidos de las colinas y el ladrar de los perros, pero ningún médico ni comadrona conocidos asistieron al alumbramiento.

Los vecinos no supieron nada del niño hasta una semana más tarde, cuando el viejo Whateley recorrió el camino cubierto de nieve a Dunwich en su trineo y lanzó un discurso incoherente a los aldeanos reunidos en el negocio de Osborn. Parecía haberse producido un cambio en el anciano —un nuevo elemento de secretismo en el cerebro nublado, que lo había transformado de objeto en sujeto de miedo—, aunque no era persona que se dejara perturbar por comunes avatares familiares. Aun así mostraba algo del orgullo que se advertiría más tarde en su hija, y lo que dijo acerca de la paternidad del niño fue recordado años después por muchos de sus oyentes.

—No me importa lo que piense la gente. Si el chico de Lavinia se parece a su padre, no se parecerá a nada de lo que esperan. No hay por qué pensar que la única gente que hay es la que anda por aquí. Lavinia leyó un poco y vio cosas que la mayoría de ustedes no podría siquiera imaginar. En mi opinión, su hombre es tan buen marido como el mejor que pueda encontrarse a este lado de Aylesbury; y si supieran tanto sobre las colinas como yo, no podrían, ni ella tampoco, pedir mejor boda por la Iglesia. Tengo algo que decirles: ¡Algún día oirán al hijo de Lavinia pronunciar el nombre del padre en la cumbre de Sentinel Hill!

Las únicas personas que vieron a Wilbur durante su primer mes de vida fueron el viejo Zechariah Whateley, de la rama sana de los Whateley, y Mamie Bishop, la mujer de Earl Sawyer. La visita de Mamie fue francamente de pura curiosidad y lo que contó más tarde hizo justicia a sus observaciones; pero Zechariah fue a llevar un par de vacas Alderney que el viejo Whateley le había comprado a su hijo Curtis. La visita señaló el inicio de una incesante compra de ganado por parte de la familia del pequeño Wilbur, que sólo acabó en 1928, cuando se desató el horror de Dunwich; sin embargo, en ningún momento el establo destartado de los Whateley pareció rebosar de ganado. Llegó un momento en que la gente sintió bastante curiosidad como para acercarse a escondidas y contar las cabezas de ganado que pastaban precariamente en la empinada ladera sobre la vieja granja, y nunca contaron más de diez o doce ejemplares anémicos, de aspecto exangüe. Era evidente que alguna plaga o enfermedad, quizá debida a los

pastos malsanos o a los mohosos y pestilentes tablones del establo, había provocado una gran mortandad entre los animales de Whateley. Extrañas heridas o llagas, con aspecto de incisiones, parecían afligir al ganado que se veía; y una o dos veces, durante los primeros meses, algunos chismosos imaginaron que podían distinguir llagas semejantes en la garganta del canoso y desaseado anciano, así como en la de su sucia y desgredada hija albina.

La primavera siguiente al nacimiento de Wilbur, Lavinia volvió a sus acostumbrados paseos por las colinas, llevando en sus desproporcionados brazos a su hijo moreno. El interés público por los Whateley disminuyó luego de que la mayoría de los lugareños vio al bebé, y nadie se preocupó por comentar el rápido desarrollo del retoño.

El crecimiento de Wilbur era, en verdad, extraordinario, ya que a los tres meses de su alumbramiento había alcanzado un tamaño y poder muscular que no suele encontrarse en niños menores de un año. Sus movimientos, incluso sus sonidos vocales, mostraban un control y una voluntad muy peculiares en un bebé, y nadie estaba realmente preparado cuando, a los siete meses, comenzó a andar solo, con vacilaciones que desaparecieron en el plazo de un mes.



Fue poco después de ese momento, en la víspera de Todos los Santos, cuando pudo verse un enorme fuego a medianoche en la cima de Sentinel Hill, donde la antigua roca en forma de mesa se alza en medio de los túmulos de huesos antiguos. Corrieron muchos rumores cuando Silas Bishop —de la

rama sana de los Bishop— mencionó haber visto al muchacho corriendo con vigor colina arriba, delante de su madre, media hora antes de que se advirtiera el fuego. Silas estaba buscando un ternero extraviado, pero casi olvidó su empeño cuando vio fugazmente las dos siluetas a la débil luz de su lámpara. Madre e hijo se deslizaban casi en silencio a través de los arbustos, y el acónito testigo creyó ver que iban completamente desnudos. Después no pudo estar seguro respecto del muchacho, que podía llevar una especie de cinturón con flecos y un par de pantalones o calzones oscuros. Por cierto, nunca se volvió a ver a Wilbur de esa guisa mientras estuvo vivo y consciente; y sí, con un atuendo completo y bien abotonado cuyo desarreglo o amenaza de desarreglo parecía llenarlo de furia y alarma. El contraste con el escuálido aspecto de la madre y el abuelo, en ese sentido, era considerado muy notable hasta que el horror de 1928 sugirió una razón válida.

En enero siguiente los rumores se interesaron un poco en el hecho de que el «cachorro negro de Lavinia» había comenzado a hablar, apenas a la edad de once meses. Su habla era destacable, tanto por como se distinguía de los acentos comunes en la región, como porque carecía del balbuceo infantil del que muchos niños de tres o cuatro años habrían estado orgullosos. El muchacho no era muy hablador, pero cuando lo hacía parecía reflejar cierto elemento elusivo ajeno por completo a los vecinos de Dunwich. Lo extraño no residía en lo que decía, ni en las expresiones sencillas que usaba, sino que parecía ligado de algún modo a la entonación o a los órganos que producían los sonidos. También el aspecto facial destacaba por su madurez; porque aunque compartía con la madre y el abuelo la falta de mentón, su nariz firme y de perfil precoz, unida a la expresión de los ojos grandes, oscuros, casi latinos, le daban un aire incluso adulto y de inteligencia sobrenatural.

A pesar de su aparente brillantez, Wilbur era, sin embargo, sumamente feo, con algo casi cabrío o animalesco en los labios gruesos, en la piel porosa y amarillenta, en el pelo áspero y enredado, y en las curiosas orejas alargadas. Pronto empezaron a rechazarlo aun más que a la madre y al abuelo, y todas las conjeturas sobre él estaban salpicadas por referencias a la antigua hechicería del viejo Whateley, y al modo en que las colinas se habían sacudido una vez cuando aulló el temible nombre de *Yog-Sothoth* en medio de un círculo de piedras con un gran libro abierto entre las manos. Los perros aborrecían al muchacho y siempre se vio obligado a tomar diversas medidas

defensivas para protegerse de su amenaza ladradora.

I I I

Mientras, el viejo Whateley seguía comprando ganado sin que aumentara la cantidad de cabezas del rebaño. También cortó madera y empezó a reparar las partes abandonadas de su casa: una espaciosa construcción cuyo tejado estaba enterrado por completo en la ladera rocosa de la colina y cuyas tres habitaciones casi arruinadas de la planta baja habían sido suficientes para él y su hija. El anciano debía de tener inmensas reservas de vigor para llevar a cabo un trabajo tan duro; y aunque aún balbuceaba a veces como un demente, el trabajo de carpintería parecía basarse en cálculos sólidos. Había comenzado apenas nació Wilbur, cuando puso en orden, cerró con tablas y le puso un candado flamante a uno de los numerosos cobertizos para herramientas. Ahora, al restaurar el primer piso abandonado de la casa, actuó nuevamente como un consumado artesano. Su tendencia maníaca sólo se manifestó cuando clausuró con tablas todas las ventanas de la parte mejorada, aunque muchos dijeron que era una insensatez molestarse en restaurarla. Menos enigmático resultó el hecho de que acondicionara otra de las habitaciones de la planta baja para el nuevo nieto, una habitación que varios visitantes vieron, aunque nadie fue admitido nunca en el primer piso, cerrado herméticamente con tablas. En la habitación del nieto, el viejo Whateley cubrió las paredes con estantes altos y firmes, a lo largo de los cuales comenzó a disponer gradualmente, en un orden al parecer cuidadoso, todos los antiguos libros apolillados y parte de los libros que, en su propia época, habían estado amontonados promiscuamente en cualquier rincón de las habitaciones.



—He sacado algún provecho de ellos —decía, mientras intentaba restaurar una página rota, usando cola preparada en el horno de la herrumbrosa cocina—, pero al chico le resultarán aun más útiles. Quiero que estén lo mejor posible, porque van a enseñarle mucho.

Cuando Wilbur tenía un año y siete meses —en septiembre de 1914— su estatura y sus actos eran casi alarmantes. Era tan grande como un niño de cuatro años y era un conversador suelto y de increíble inteligencia. Corría libremente por los campos y las colinas, y acompañaba a la madre en codos sus vagabundeos. Cuando se quedaba en casa estudiaba con cuidado las imágenes y bocetos grotescos de los libros del abuelo, mientras el viejo Whateley lo instruía y aleccionaba durante prolongadas tardes silenciosas. Por esa época terminó la restauración de la casa y quienes la vieron se preguntaron por qué una de las ventanas superiores había sido convertida en una sólida puerca de gruesos tablones. Era la última ventana bajo el techo en punta del extremo occidental, en la fachada posterior, junto a la colina; y nadie podía imaginar por qué habían construido una rampa de madera afianzada con tablones que iba desde allí hasta el suelo.

Sobre la época en que terminaron las obras, la gente advirtió que el viejo cobertizo de herramientas, bien cerrado y con cualquier rendija cubierta con tablas desde el nacimiento de Wilbur, había sido abandonado una vez más. La puerta se abría sin el menor ruido, y cuando Earl Sawyer entró una vez que fue a venderle ganado al viejo Whateley, quedó descompuesto por el singular olor con el que se encontró: era un hedor, confesó más tarde, como nunca había olido en su vida salvo cerca de los círculos indios de piedras en las colinas, y que no podía provenir de nada sano ni de esta Tierra. Pero hay que tener en cuenta que las casas y cobertizos de la gente de Dunwich nunca se destacaron por la pureza de su olor.

Los meses siguientes carecieron de sucesos manifiestos, salvo que todos atestiguaban la existencia de un incremento lenco pero firme de los misteriosos ruidos en las colinas. La víspera del primero de mayo de 1915 hubo temblores de tierra percibidos incluso por los habitantes de Aylesbury, mientras que en la siguiente víspera de Todos los Santos se produjo un rumor subterráneo extrañamente sincronizado con llamaradas —«otra vez los Whateley haciendo de las suyas»— en la cima de Sentinel Hill. Wilbur seguía creciendo de forma extraordinaria, de tal modo que parecía un chico de diez al llegar a su cuarto año de vida. Ahora leía con avidez y sin ayuda, pero hablaba mucho menos que antes. Lo iba poseyendo una naturaleza taciturna bien asentada y por primera vez la gente empezó a hablar propiamente de la creciente maldad en su rostro cabrío. A veces murmuraba

en una jerga desconocida y canturreaba ritmos grotescos que dejaban al oyente helado y con una sensación de terror inexplicable. La aversión que sentían por él los perros era algo notable, y se veía obligado a llevar pistola para atravesar a salvo los campos. El uso ocasional del arma no aumentó su popularidad entre los dueños de perros guardianes.



Los pocos visitantes de la casa encontraban con frecuencia a Lavinia sola en la planta baja mientras extraños gritos y pisadas resonaban en la segunda planta clausurada con tablas. Ella nunca contaba qué hacían su padre y el muchacho allá arriba, aunque cierta vez se puso pálida y mostró un miedo

anormal cuando un vendedor de pescado, un bromista, trató de abrir la puerta que daba a la escalera. El buhonero contó a los parroquianos del único almacén de Dunwich que creyó escuchar a un caballo coceando en el piso superior. Los clientes reflexionaron, pensando en la puerca y la rampa, y en el ganado que desaparecía con tanta rapidez. Después se estremecieron al recordar las historias sobre la juventud del viejo Whateley, y las extrañas cosas que se dice que salen de la tierra cuando, en la época apropiada, se sacrifica un ternero a ciertos dioses impíos. Desde hacía tiempo se había advertido que los perros habían empezado a odiar y a temer toda la finca de los Whateley, con la misma violencia con que odiaban y temían al joven Wilbur en persona.

En 1917 llegó la guerra y al juez de paz Sawyer Whateley, presidente de la junta de reclutamiento loca), le costó mucho encontrar un contingente de reclutas de Dunwich capaz de ser enviado al campo de entrenamiento. El gobierno, alarmado ante tales indicios de decadencia regional generalizada, envió a varios funcionarios y expertos médicos para investigar; quienes llevaron a cabo una encuesta que aún puede ser recordada por los lectores de periódicos de Nueva Inglaterra. Semejante publicidad puso a los periodistas sobre la pista de Jos Whateley y llevó al *Boston Globe* y al *Arkham Advertiser* a publicar fantásticas historias para la edición dominical en las que se refería la precocidad del joven Wilbur, la magia negra del viejo Whateley, los estantes de libros extraños, el segundo piso herméticamente cerrado de la antigua granja, así como la misteriosa atmósfera de toda la región y sus ruidos en las colinas. En ese entonces Wilbur tenía cuatro años y medio y parecía un muchacho de quince. Tenía los labios y las mejillas cubiertos por un vello áspero y oscuro, y había empezado a cambiarle la voz.

El juez de paz Sawyer fue a la finca de los Whateley acompañando a los dos equipos de periodistas y fotógrafos, y les llamó la atención sobre el curioso hedor que ahora parecía filtrarse desde los espacios blindados del primer piso. Era, dijo, exactamente el mismo olor que había encontrado en el *cobertizo* de herramientas abandonado cuando terminaron de reparar la casa, y también era como los débiles olores que a veces creía captar cerca del círculo de piedra de las montañas. La gente de Dunwich leyó las historias cuando aparecieron en los periódicos y se rió de los errores evidentes. También se preguntaron por qué los periodistas habían destacado tanto el

hecho de que el viejo Whateley pagara siempre el ganado que compraba con antiguas piezas de oro. Los Whateley habían recibido a los visitantes con mal disimulado disgusto, aunque no osaron provocar más publicidad con un rechazo violento o una negativa a hablar.

I V

Durante una década, la historia de los Whateley corrió pareja a la vida general de una comunidad enfermiza acostumbrada a sus extraños modos de vida y endurecida por sus orgías de la víspera de mayo y Todos los Santos. Dos veces al año, los Whateley encendían hogueras en la cima de Sentinel Hill, momentos en los cuales los estruendos en las montañas se repetían cada vez con mayor violencia, mientras que en todas las estaciones sucedían hechos extraños y ominosos en la solitaria granja. Con el paso del tiempo, los visitantes aseguraron escuchar ruidos en la planta superior clausurada con tablas, incluso cuando toda la familia estaba abajo, y se preguntaban cuán rápida o lentamente eran sacrificados vacas o terneros. Se habló de denunciarlo a la Sociedad de Prevención contra la Crueldad hacia los Animales pero nadie lo hizo, porque la gente de Dunwich era reacia a llamar la atención del mundo exterior sobre ellos mismos.

Hacia 1923, cuando Wilbur era un muchacho de diez años cuya voz, estatura y rostro barbudo daban toda la impresión de madurez, comenzó una segunda etapa de obras de carpintería en la vieja casa. Se llevó a cabo en la clausurada planta superior y, a partir de los trozos de madera descartada, la gente concluyó que el joven y el abuelo habían derribado todos los tabiques e incluso eliminado el suelo del ático, dejando sólo un enorme espacio vacío entre la planta baja y el tejado. También habían derribado la gran chimenea central y equiparon el herrumbroso espacio con una precaria cañería externa de latón.

En la primavera siguiente, el viejo Whateley advirtió un número creciente de chotacabras que salían del barranco de Cold Spring para acudir a gorjear bajo su ventana durante la noche. Parecía concederle al hecho una gran significación y un día les dijo a los clientes del Osborn que creía que le había llegado la hora.

—Ahora chillan al ritmo de mi respiración —dijo—, supongo que se están preparando para atrapar mi alma. Saben que pronto va a partir y no quieren perdersela. Cuando me vaya, muchachos, sabrán si lo lograron o no. Si lo hacen, seguirán cantando y riendo hasta que rompa el día. Si no, se irán tranquilizando. Las estoy esperando, a ellas y a las almas que cazan, porque les pienso dar bastante trabajo.

En la noche de las Cosechas, el primero de agosto de 1924, el doctor Houghton, de Aylesbury, recibió un aviso urgente de Wilbur Whateley, que se había precipitado en medio de la noche con el único caballo que le quedaba para telefonar desde el almacén de Osborn. El médico encontró al viejo Whateley en estado de suma gravedad, con el pulso alterado y una respiración estentórea que indicaban que se acercaba el fin. La hija albina y deforme y su nieto extrañamente barbudo estaban de pie junto al lecho de muerte, mientras que del abismo vacío sobre ellos llegaba la inquietante sugerencia de un chapotear rítmico, como el de las olas en una playa baja. Sin embargo, lo que más perturbó al médico fue el parloteo de las aves nocturnas en el exterior; una legión, al parecer ilimitada, de chotacabras que gritaba su mensaje interminable mediante repeticiones diabólicamente sincronizadas con los jadeos silbantes del moribundo. Era algo increíble y sobrenatural; tanto, pensó el doctor Houghton, como toda esa región en la que se había internado de mala gana en respuesta a la llamada urgente.

Hacia la una de la noche el viejo Whateley recobró la conciencia e interrumpió su resuello para soltar unas cuantas palabras sofocadas a su nieto.

—Más espacio, Willy, más espacio pronto. Tú creces... y eso crece aún más rápido. Pronto estará listo para servirte, hijo. Abre las puertas a *Yog-Sothoth* con el largo cántico que encontrarás en la página 751 de *la edición completa*, y después incendia la prisión. El fuego de la Tierra no puede quemarlo.

Era evidente que el viejo Whateley deliraba. Tras una pausa, durante la cual la bandada de chotacabras ajustó sus chillidos al ritmo alterado del moribundo y ciertos resabios de los extraños ruidos de las colinas llegaban de lejos, el anciano añadió una o dos frases más.

—Aliméntalo regularmente, Willy, y fíjate especialmente en la cantidad; no lo dejes crecer demasiado para el lugar, porque si lo revienta en pedazos o sale antes de que abramos las puertas a *Yog-Sothoth*, no nos servirá de nada. Sólo los del más allá pueden hacerlo multiplicarse y trabajar... Sólo ellos, los Antiguos que quieren regresar...



Pero las palabras dieron otra vez paso a los jadeos y Lavinia gritó ante el modo en que las chotacabras seguían el cambio. Así permaneció durante más de una hora, hasta que llegó el estertor final. El doctor Houghton cerró los párpados encogidos sobre los fijos ojos grises mientras el tumulto de los pájaros disminuía poco a poco hasta el silencio. Lavinia sollozó, pero Wilbur sonrió mientras los ruidos de las colinas atronaban débilmente.

—No la atraparon —alcanzó a murmurar con su pesada voz de bajo.

Por entonces, Wilbur era ya un erudito de conocimientos sumamente vastos en su campo y había entablado una discreta relación por correspondencia con muchos bibliotecarios de distintos lugares donde se conservan raros libros prohibidos de la Antigüedad. En Dunwich era cada vez más odiado y temido por culpa de ciertas desapariciones de jóvenes cuyas pistas, según se sospechaba, iban a parar a su puerta; pero siempre fue capaz de silenciar las investigaciones mediante el miedo o el uso de aquel fondo de antiguas monedas de oro que, como en la época del abuelo, aún seguía usando de modo regular y cada vez más frecuente para la compra de ganado. Su aspecto y altura eran ahora de suma madurez y, habiendo alcanzado la talla normal de un adulto, parecía sobrepasarla.

En 1925, cuando uno de sus eruditos corresponsales de la Universidad de Miskatonic lo visitó, para partir después pálido y confundido, medía ya dos

metros de altura.

A lo largo de los años, Wilbur había ido tratando a su madre albina y medio deforme con un creciente desdén, hasta que finalmente le prohibió acompañarlo a las colinas en la víspera del primer día de mayo y de Todos los Santos; en 1926, la pobre criatura confesó a Mamie Bishop que su hijo le provocaba miedo.

—Hay muchas cosas acerca de él que podría contarte, Mamie —exclamó—, y hoy en día ignoro más de lo que sé. Juro por Dios que no sé lo que trata de hacer.

En la víspera de Todos los Santos de aquel año, los ruidos de las colinas sonaron más fuertes que nunca y el fuego ardió en Sentinel Hill como de costumbre; pero la gente prestó más atención a los graznidos de la inmensa bandada de chotacabras, inusualmente tardías para esa época, que parecían haberse reunido cerca de la sombría granja de los Whateley. Pasada la medianoche, sus gritos estridentes rompieron en una barahúnda que colmó la zona hasta aquietarse finalmente al alba. Luego desaparecieron, apresurándose hacia el sur con todo un mes de retraso. Nadie pudo estar seguro hasta más tarde de qué significaba esto. Ningún lugareño parecía haber muerto... pero la pobre Lavinia Whateley, la albina medio deforme, nunca más fue vista.

En el verano de 1927, Wilbur reparó dos cobertizos del corral y comenzó a trasladar allí sus libros y sus efectos personales. Poco después, Earl Sawyer contó a los clientes del almacén de Osborn que se estaban realizando nuevas obras de carpintería en la granja de los Whateley. Wilbur estaba clausurando las puertas y ventanas de la planta baja y parecía haber quitado todos los tabiques, como habían hecho él y el abuelo en el primer piso años atrás. Wilbur vivía por entonces en uno de los cobertizos y Sawyer creyó verlo más preocupado y trémulo que de costumbre. En general, la gente sospechaba que sabía algo sobre la desaparición de la madre y muy pocos se aproximaban ahora por las cercanías de la casa. La estatura de Wilbur había superado los dos metros diez y no mostraba indicios de detener su desarrollo.





V

El invierno siguiente no trajo ningún suceso más allá del primer viaje de Wilbur fuera de la región de Dunwich. La correspondencia con la Widener Library de Harvard, el Museo Británico, la Bibliothèque Nationale de París, la Universidad de Buenos Aires y la Biblioteca de la Universidad de Miskatonic, en Arkham, no había podido conseguirle el préstamo de cierto libro que buscaba con desesperación; y, al cabo, fue en persona, andrajoso, sucio y hablando un tosco dialecto, a consultar la copia de la Miskatonic, la más cercana a él geográficamente. Con casi dos metros cuarenta de altura y llevando una maleta barata recién comprada en el almacén de Osborn, aquella gárgola morena y cabría apareció un día en Arkham en busca del temible volumen que guardaban bajo llave en la biblioteca universitaria: ese odioso *Necronomicón* del árabe loco Abdul Alhazred, en la versión latina de Olaus Wormius, impresa en España en el siglo XVII. Wilbur nunca había visto una ciudad, pero su única idea era llegar hasta la universidad, donde por cierto pasó sin prestar atención al gran perro guardián de colmillos blancos, que ladró a su paso con furia y enojo sobrenaturales y tironeó frenético de su tensa cadena.

Wilbur llevaba consigo la invaluable aunque imperfecta copia de la versión en inglés del doctor Dee que su abuelo le había legado, y al acceder a la copia latina empezó a cotejar de inmediato los dos textos con el propósito de encontrar cierto pasaje que tendría que haber figurado en la página 751 de su volumen defectuoso. Al menos no pudo ocultarle esto por razones de cortesía al bibliotecario, que era el mismo erudito Henry Armitage (*Artius Magister* por la Universidad de Miskatonic, doctor en Filosofía por Princeton, doctor en Literatura por la Johns Hopkins) que una vez había visitado la granja y que ahora lo acosaba con preguntas amables. Tuvo que admitir que buscaba una especie de fórmula o encantamiento que contenía el nombre temible de *Yog-Sothoth*, y lo dejó perplejo descubrir discrepancias, duplicaciones y ambigüedades que dificultaban mucho la tarea de determinar el texto final. Mientras copiaba la fórmula, finalmente encontrada, Armitage miró por encima del hombro de Wilbur las páginas abiertas. La de la izquierda, en versión latina, contenía amenazas monstruosas a la paz y la cordura del mundo.

Tampoco hay que creer —decía el texto que Armitage traducía mentalmente— que el hombre es el más antiguo o el último de los amos de la tierra, o que esa combinación de vida y sustancia discurre sola por el universo. Los Grandes Antiguos eran, los Grandes Antiguos son, y los Grandes Antiguos serán. No conocemos nada del espacio sino por intermedio de ellos. Caminan serenos y primordiales, sin dimensiones e invisibles para nosotros. *Yog-Sothoth* conoce la puerta. *Yog-Sothoth* es la puerta. *Yog-Sothoth* es la llave y el guardián de la puerta. Pasado, presente y futuro, todo es uno en *Yog-Sothoth*. Él sabe por dónde entraron los Grandes Antiguos en el pasado, y por donde volverán a irrumpir otra vez. Sabe dónde Ellos han hollado los campos de la Tierra, dónde los siguen hollando, y por qué nadie puede contemplarlos mientras lo hacen. A veces el hombre puede saber que están cerca por Su olor, pero ningún hombre puede conocer Su semblante, *salvo en los rasgos de los hombres engendrados por Ellos*, y los hay de muchos tipos, distinguiéndose en apariencia de la auténtica forma humana hasta la forma sin imagen ni sustancia que es la de *Ellos*. Caminan invisibles y hediondos en lugares solitarios donde las Palabras han sido pronunciadas y los Ritos han sido aullados en las Estaciones apropiadas. El viento gime con Sus voces, y la tierra murmura con Su voluntad. Abaten los bosques y destruyen ciudades, aunque ningún bosque o ciudad advierte la mano que los aniquila. Kadath, en el páramo helado, los ha conocido; pero ¿qué hombre conoce a Kadath? El desierto helado del Sur y las islas sumergidas del océano conservan piedras donde puede verse Su sello, pero ¿quién ha visto la helada ciudad hundida o la torre sellada engalanada con algas y percebes? El Gran Cthulhu es Su primo, aunque apenas puede entreverlos débilmente. ¡*Iä!* ¡*Shub-Niggurath!* Por su olor inmundos Los conoceréis. Su mano está en vuestras gargantas, aunque no Los veáis, y Su morada se encuentra en el umbral que custodiáis. *Yog-Sothoth* es la llave que abre la puerta, el lugar donde se reúnen las esferas. Ahora el hombre reina donde Ellos reinaron antes; pronto Ellos reinarán donde el hombre reina ahora. Después del verano viene el invierno; después del invierno, el verano. Ellos esperan pacientes y poderosos, porque volverán a reinar aquí.

El doctor Armitage, al asociar lo que estaba leyendo con lo que había oído sobre Dunwich y sus presencias ominosas, así como sobre Wilbur Whateley y su brumosa y siniestra fama, que iba desde un nacimiento dudoso hasta un probable matricidio, sintió una oleada de espanto tan tangible como un soplo del más pegajoso aire de la tumba. Aquel gigante cabrió inclinado ante él parecía el engendro de otro planeta o dimensión; como algo que pertenece sólo en parte a la humanidad y está ligado a negros abismos de esencia y ser que, como fantasmas titánicos, se hallan más allá de todas las esferas de la fuerza y la materia, el espacio y el tiempo. Un momento después, Wilbur alzó la cabeza y empezó a hablar con esa voz extraña y resonante, que insinuaba órganos folladores distintos a los del resto de los mortales.

—Señor Armitage —dijo—, me parece que debo llevarme este libro a casa. Hay cosas que tengo que comprobar bajo ciertas condiciones de las que no dispongo aquí, y sería un pecado mortal que una traba burocrática me lo impidiera. Permítame llevármelo, señor, y le juro que lo traeré intacto. No

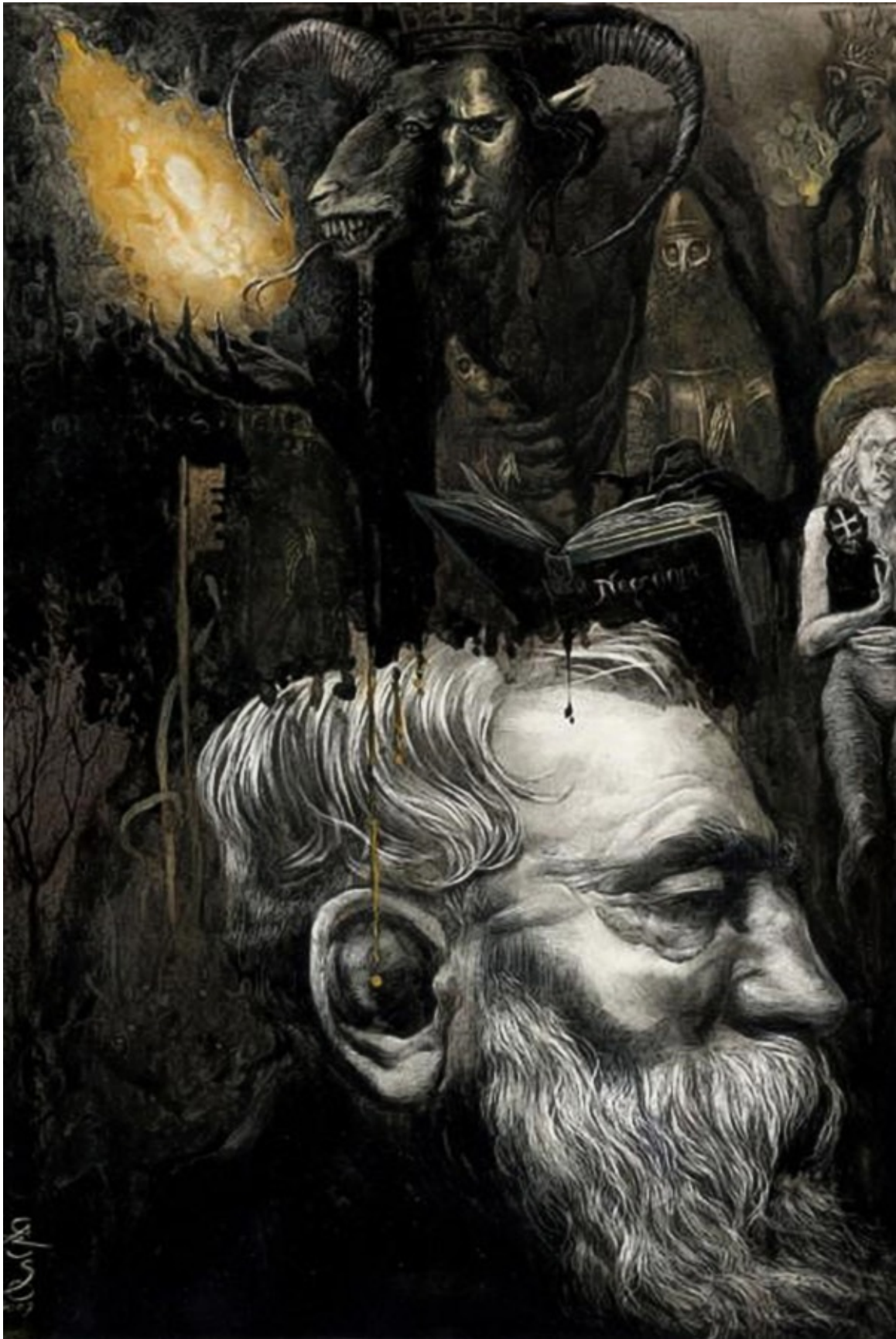
necesito aclararle que lo cuidaré mucho. No fui yo quien descuidó tanto esta copia de Dee...

Se interrumpió cuando vio la firme negativa en el rostro del bibliotecario, y sus propios rasgos adoptaron una expresión ladina. Armitage, casi dispuesto a decirle que podía copiar cuantas partes deseara, pensó de repente en las posibles consecuencias y cambió de opinión. Suponía demasiada responsabilidad dar a un ser como Wilbur la llave de acceso a esas blasfemas esferas superiores. Whateley, comprendiendo el cariz que tomaban las cosas, trató de contestar con levedad.

—Está bien, de acuerdo, si piensa que es así como debe ser. Tal vez en Harvard no sean tan estrictos como usted. —Y sin decir una palabra más, Wilbur salió de la biblioteca, agachándose al traspasar cada umbral.

Armitage oyó los aullidos salvajes del gran perro guardián y contempló las zancadas simiescas de Whateley según cruzaba el fragmento de terreno visible desde la ventana. Pensó en las delirantes historias que había oído y recordó las notas dominicales del *Advertiser*, además de lo que había escuchado a los campesinos y aldeanos de Dunwich durante su única visita al lugar. Cosas invisibles que no eran de la Tierra —o al menos no de esta Tierra tridimensional— vagaban, fétidas y horribles, por las hondonadas de Nueva Inglaterra y acechaban obscenamente en las cimas de las colinas. De esto último hacía tiempo que estaba seguro. Ahora Armitage creyó captar la presencia cercana de cierta parte terrible del horror invasor y vislumbrar un infernal avance en los negros dominios de una pesadilla antigua y, en otros tiempos, pasiva. Guardó el *Necronomicón* bajo llave con un escalofrío de disgusto, pues la estancia aún apestaba con un hedor impío.

«Por su mal olor los conoceréis», citó Armitage. Sí... el olor era el mismo que lo había descompuesto en la granja de los Whateley hacía tres años. Pensó una vez más en Wilbur, cabrío y ominoso, y se rió con sarcasmo ante los rumores aldeanos sobre su progenitor.



—¿Vástago incestuoso? —musitó Armitage para sí mismo—. ¡Por Dios, qué tontos! ¡Si se les diera a leer *El gran dios Pan* de Arthur Machen pensarían en un escándalo habitual en Dunwich! Pero ¿qué ser, qué influencia maldita e informe, ajena a esta Tierra tridimensional, fue el padre

de Wilbur Whateley? Nacido el día de la Candelaria, a los nueve meses de la víspera del primero de mayo de 1912, cuando los rumores sobre los extraños ruidos subterráneos llegaron incluso hasta Arkham... ¿Qué deambulaba por las montañas aquella noche de mayo? ¿Qué horror en carne y sangre semihumanas se había manifestado sobre el mundo en Viernes Santo?

Durante las semanas siguientes, el doctor Armitage trató de recopilar todos los datos posibles sobre Wilbur Whateley y las presencias informes alrededor de Dunwich. Se comunicó con el doctor Houghton de Aylesbury, que había atendido al viejo Whateley en su último trance; las últimas palabras del abuelo, tal como fueron citadas por el médico, le dieron mucho que pensar. Una visita a la aldea de Dunwich no le sirvió de mucho; pero una lectura atenta del *Necronomicón*, en las partes que Wilbur había cotejado con tanta avidez, pareció ofrecerle nuevas y terribles pistas en cuanto a la naturaleza, los métodos y los deseos de la extraña maldad que tan vagamente amenazaba al planeta. Las charlas en Boston con varios expertos sobre el saber arcaico y las cartas a muchos otros de distintos lugares, le causaron un creciente asombro que, poco a poco, a través de varios grados de alarma, fue dando paso a un estado de miedo espiritual sumamente agudo.

A medida que el verano se acercaba, el doctor Armitage sintió de modo vago que algo tenía que hacer con los terrores que acechaban en el valle del curso superior del Miskatonic, así como con la monstruosa entidad conocida en el mundo como Wilbur Whateley.

V I

El horror de Dunwich se desató entre el primero de agosto y el equinoccio de 1928, y el doctor Armitage se contó entre quienes presenciaron sus monstruosos prolegómenos. Había oído hablar del grotesco viaje de Wilbur a Cambridge y de los frenéticos esfuerzos que había hecho para tomar prestado o copiar el *Necronomicón* en la Widener Library. Sus esfuerzos habían sido inútiles, porque Armitage había enviado advertencias de la mayor gravedad a todos los bibliotecarios que pudieran disponer del temido volumen. Wilbur se había mostrado extremadamente nervioso en Cambridge, ávido por conseguir el libro, e igual de ansioso por regresar a casa, como si temiera el resultado de estar demasiado tiempo fuera.

A principios de agosto sucedió el final casi esperado y, en la madrugada del día 3, el doctor Armitage fue despertado de repente por los aullidos salvajes y feroces de los perros guardianes del recinto universitario. Profundos y terribles, los gruñidos, resoplidos y ladridos medio enloquecidos fueron subiendo de volumen con odiosas y significativas pausas. Poco después resonó el grito de una garganta muy distinta —un grito que despertó a medio Arkham y perturbó sus sueños desde entonces—, un grito que no podía provenir de ningún ser nacido en la Tierra, al menos no del todo.

Armitage se apresuró a ponerse alguna ropa y a correr a través de la calle y el césped hasta el edificio de la universidad, donde vio que otros se le habían adelantado; y oyó los aullidos de la alarma contra ladrones resonando desde la biblioteca. Una ventana abierta mostraba un hueco negro y expectante a la luz de la luna. Lo que fuese había conseguido entrar, porque los ladridos y gritos, que ahora se apagaban en una mezcla de gemido y gruñido graves, procedían inconfundiblemente de adentro. Cierta intuición le advirtió a Armitage de que lo que estaba pasando no debía ser visto por cualquiera, así que apartó con autoridad al grupo de curiosos mientras abría la puerta cerrada con llave del vestíbulo. Entre la gente vio al profesor Warren Rice y al doctor Francis Morgan, hombres a quienes les había confesado sus conjeturas y recelos; les hizo una seña para que lo acompañaran. Los sonidos de adentro, salvo un gemido vigilante, zumbante del perro, habían disminuido mucho para entonces; pero Armitage percibió ahora con súbito asombro que un estridente coro de chotacabras había

emprendido entre los arbustos un maldito canturreo rítmico, como acompañando a los últimos jadeos de un moribundo.

El edificio estaba saturado de un terrible hedor que el doctor Armitage conocía demasiado bien, y los tres hombres se precipitaron a través del vestíbulo hacia el pequeño salón de lectura de temas genealógicos de donde provenía el gemido grave. Por un instante, nadie se atrevió a encender la luz, después Armitage se armó de coraje y movió el interruptor. Uno de los tres —no es seguro cuál— lanzó un terrible grito al ver lo que tenía delante, en medio de mesas desordenadas y sillas volcadas. El profesor Rice afirma que perdió por completo la conciencia durante un instante, aunque no llegó a tambalearse ni a caer.

Lo que yacía tendido de costado en medio de un charco fétido de líquido purulento amarillo-verdoso, tan pegajoso como la brea, medía casi dos metros setenta de altura, y el perro le había desgarrado toda la ropa y parte de la piel. No estaba del todo muerto, pero se retorció en silencio con espasmos mientras el pecho subía y bajaba en una concordancia monstruosa con las notas enloquecidas de las expectantes chotacabras del exterior. En la estancia se veían trozos dispersos de cuero de zapato y fragmentos de ropa y, junto a la ventana, una mochila vacía de lona adonde sin duda la habían arrojado. Cerca del escritorio central había un revólver; más tarde, un cartucho percutido pero sin pólvora explicó por qué no había sido disparado. El propio ser, sin embargo, eclipsaba todas las demás imágenes. Sería vulgar y no del todo preciso decir que ninguna pluma humana podría describirlo, aunque se puede afirmar con propiedad que no podría ser bien representado por nadie cuyas ideas sobre aspecto y contornos se apegaran demasiado a las formas de vida comunes de este planeta y a las tres dimensiones conocidas. Quedaba fuera de toda duda que en parte era humano, con manos y cabeza muy masculinas; y el rosero cabrío, sin mentón, tenía el sello de los Whateley. Pero las partes inferiores del cuerpo y el torso eran fabulosas, teratológicas, de modo que sólo una generosa cantidad de ropa le había permitido caminar sobre la Tierra sin ser rechazado o muerto.

Por encima de la cintura era semiantropomorfo; aunque su pecho, donde las patas desgarradoras del perro aún descansaban vigilantes, exhibía el cuero grueso y reticulado de un cocodrilo o un caimán. La espalda estaba sembrada de motas amarillas y negras, y sugería vagamente la piel escamosa

de ciertas serpientes. Por debajo de la cintura, no obstante, era aún peor; porque allí se esfumaba toda semejanza humana y empezaba la pura fantasía. La piel estaba cubierta con un áspero y denso pelo negro, y del abdomen brotaba un rimero flácido de largos tentáculos color gris verdoso, con ventosas rojas.



La disposición era singular y parecía seguir la simetría de alguna geometría cósmica desconocida en la Tierra o el sistema solar. En cada una de las caderas, bien hundido en una especie de órbita rosácea, ciliada, había lo que parecía un ojo rudimentario; mientras que a modo de cola, tenía una especie de trompa o palpo con marcas anulares color púrpura con todo el aspecto de ser una boca o garganta poco desarrollada. Salvo por el espeso pelaje negro, los miembros se parecían bastante a las patas traseras de los saurios gigantes de la Tierra prehistórica, y terminaban en patas surcadas de venas que no eran pezuñas ni garras. Cuando el ser respiraba, la cola y los tentáculos cambiaban rítmicamente de color, como debido a un sistema circulatorio propio de sus progenitores no humanos. En los tentáculos se observaba un oscurecimiento de tinte verdoso, mientras que en la cola se manifestaba una apariencia amarillenta que alternaba con un enfermizo blanco grisáceo en los espacios entre los anillos púrpura. No había rastros de auténtica sangre; sólo el líquido amarillo verdoso que se escurría a lo largo

del suelo más allá del alcance de la viscosidad, y dejaba a su paso una curiosa decoloración.

La presencia de los tres hombres pareció despertar a aquella cosa moribunda, que empezó a murmurar sin darse la vuelta ni alzar la cabeza. El doctor Armitage no dejó un registro escrito de lo que pronunció, pero asegura con confianza que no expresó ni una palabra en inglés. Al principio las sílabas desafiaban toda correlación con cualquier idioma de la Tierra, pero hacia el final se escucharon algunos fragmentos inconexos tomados indudablemente del *Necronomicón*, el libro blasfemo en cuya búsqueda había perecido aquel ser. Los fragmentos, tal como Armitage los recuerda, decían algo así como *N'gai, 'ngha 'ghaa, bugg-shoggog, y'hah: Yog-Sothoth... Yog-Sothoth...* Y su sonido fue menguando poco a poco mientras las chotacabras chillaban en un rítmico crescendo de impía anticipación.

Después cesó el jadeo y el perro alzó la cabeza para lanzar un aullido prolongado, lúgubre. Se produjo entonces un cambio en el rostro amarillo, cabrió del ser yacente y los grandes ojos negros se hundieron aterradoramente en las órbitas. Al otro lado de la ventana, el chillido de las chotacabras cesó de manera brusca y, por encima de los murmullos del grupo de curiosos, llegó el sonido de aleteos y revoloteos de pánico. Se recortaron contra la luna enormes nubes de acechantes criaturas aladas que alzaban el vuelo y huían hasta perderse de vista, espantadas ante lo que habían buscado como presa.

De pronto el perro se incorporó bruscamente, exhaló un ladrido asustado, y saltó nervioso a través de la ventana por la que había entrado. Un grito se alzó entre el grupo de curiosos, y el doctor Armitage avisó a los hombres de que no entrase nadie hasta que no llegara la policía o el forense. Se sentía agradecido de que las ventanas fueran demasiado altas como para permitir asomarse y corrió cuidadosamente las cortinas. Para entonces habían llegado dos policías y el doctor Morgan, interceptándoles en el vestíbulo, les urgió por su propio bien posponer la entrada a la hedionda sala de lectura hasta que llegara el médico y la cosa postrada pudiera ser cubierta.

Entretanto se producían cambios espantosos en el suelo. No es necesario describir la *clase y proporción* del encogimiento y desintegración que tuvo lugar ante los ojos del doctor Armitage y el profesor Rice; pero puede decirse que aparte del aspecto externo del rostro y las manos, el elemento

realmente humano en Wilbur Whateley debía de haber sido muy pequeño. Cuando llegó el forense, sólo quedaba una pegajosa masa blanquecina sobre las tablas pintadas y el monstruoso olor casi había desaparecido. Al parecer, Wilbur no tenía cráneo ni esqueleto óseo; al menos en un sentido verdadero o estable. Había partido de algún modo tras su padre desconocido.



V I I

Sin embargo, aquello no fue más que el prólogo al auténtico horror de Dunwich. Desconcertadas autoridades cumplieron con las formalidades, los detalles anormales se mantuvieron fuera del alcance de la prensa y el público, y se enviaron hombres a Dunwich y Aylesbury para revisar las propiedades e informar a los herederos que pudiera tener el difunto Wilbur Whateley. Encontraron la zona sumida en una gran agitación, tanto por los estruendos crecientes bajo las colinas redondeadas, como por el hedor inusitado y los sonidos como de oleaje o chapoteo que llegaban cada vez más intensamente desde la gran estructura vacía formada por la granja clausurada con tablones. Earl Sawyer, que se encargaba del caballo y el ganado durante la ausencia de Wilbur, cenía los nervios destrozados.

Los oficiales inventaron excusas para no entrar en el hediondo lugar cerrado con tablas; y se dieron por satisfechos con la inspección superficial del sitio donde vivía el difunto, en los cobertizos recién reparados. Redactaron un informe voluminoso que dejaron en el juzgado de Aylesbury y, según se dice, los litigios concernientes a la herencia aún continúan entre los innumerables Whateley, decadentes o no, en el valle del curso superior del Miskatonic.

Un manuscrito casi interminable escrito en extraños caracteres en un enorme libro mayor, al que se tomó por un diario personal debido al espaciado y las variaciones de tinta y caligrafía, presentó un acertijo indescifrable para quienes lo descubrieron en el viejo escritorio que servía como mesa de trabajo de Wilbur. Tras una semana de discusión, lo enviaron a la Universidad de Miskatonic, junto con la colección de libros extraños del difunto, para su estudio y posible traducción; pero incluso los mejores lingüistas comprendieron enseguida que no era posible descifrarlo con facilidad. No se encontró nada del oro antiguo con el que Wilbur y el viejo Whateley pagaban siempre las deudas.

Fue en la noche del 9 de septiembre cuando se desencadenó el horror. Los ruidos de las colinas habían sido muy intensos durante el final de la tarde y los perros ladraron frenéticos toda la noche. Los madrugadores del día 10 notaron un hedor peculiar en el aire. A eso de las siete de la mañana, Luther Brown, el peón de la granja de George Corey, ubicada entre el

barranco de Cold Spring y la aldea, volvió espantado de su salida matutina al prado de diez acres donde pastaban las vacas. Casi sufría convulsiones de miedo cuando entró dando tumbos en la cocina, mientras en el patio, el no menos espantado rebaño pateaba y mugía penosamente, habiendo seguido al muchacho en el ataque de pánico que compartía con él. Luther trató de contar entre jadeos su historia a la señora Corey.

—Allá arriba, en el camino que está más allá del barranco, señora Corey... ¡Allá pasó algo! Huele a peste y todos los arbustos y arbolitos están apartados del camino como si les hubiera pasado una casa por encima. Y eso no es lo peor. Hay *huellas* en el camino, señora Corey... grandes pisadas redondas como tapas de tonel, tan hundidas en la tierra como si fuesen de elefante, *¡sólo que tienen, por lo menos, metro y medio!* Vi una o dos y salí corriendo; cada una estaba cubierta de líneas que salían de un punto, como grandes hojas de palmera, dos o tres veces más grandes que cualquier hoja, bien hundidas en el camino. Y el olor era horrible, como el que hay alrededor de la casa del brujo Whateley...

Aquí el muchacho vaciló, pareció volver a estremecerse por el miedo que lo había hecho correr de vuelta a casa. La señora Corey, incapaz de sacarle más información, empezó a telefonar a los vecinos, dando así comienzo el pánico que anunciaba terrores mayores. Cuando habló con Sally Sawyer, el ama de llaves de la granja de Seth Bishop, el sitio más cercano al de los Whateley, le tocó escuchar en vez de hablar; porque Chauncey, el hijo de Sally, que dormía mal, había estado en la colina cerca de la casa de los Whateley, y había regresado como una flecha, aterrorizado, después de echarle un vistazo al lugar y al pastizal donde las vacas del señor Bishop habían pasado toda la noche.



—Sí, señora Corey —llegó la voz temblorosa de Sally por el hilo telefónico—. ¡Chauncey acaba de llegar y no podía hablar de lo asustado que estaba! Dice que la casa del viejo Whateley está toda destrozada, con tabloncillos desparramados a su alrededor como si la hubieran dinamitado por

dentro; sólo queda el suelo y está cubierto de una sustancia viscosa, como alquitrán, que huele horriblemente y lo impregna todo hasta el lugar donde están los tablones. Y hay una especie de huellas horribles en el corral... grandes marcas redondas como toneles y todas llenas de la misma sustancia que la casa reventada. Chauncey dice que van hasta el pastizal, donde hay un gran tramo aplastado, y los muros de piedra están tumbados por donde *aquello* ha pasado.

»Y él dice, él dice, señora Corey, que cuando fue a buscar las vacas de Seth, asustado como estaba, las encontró en la pradera alta, cerca del Salto del Diablo, en un estado horrible. La mitad del rebaño había desaparecido y a las que quedaban les habían chupado la sangre hasta dejarlas secas, con llagas como las que ha tenido el ganado de los Whateley desde que nació el retoño negro de Lavinia. Seth ha ido a verlas, ¡aunque no creo que se acerque mucho a lo del brujo Whateley! Chauncey no se fijó bien hacia dónde iba el gran rastro después de abandonar el pastizal, pero dice que cree que se dirigía hacia el camino que va del barranco al pueblo.

»Se lo aseguro, señora Corey, que anda suelto algo que no debería estar suelto y estoy segura de que el negro Wilbur Whateley, que tuvo el mal fin que se merecía, está detrás de todo esto. Él mismo no era del todo humano, como le he dicho a todos, y creo que entre *él* y el viejo Whateley criaron algo en esa extraña casa cubierta de tablas, que incluso es menos humano que él. Siempre han existido cosas invisibles alrededor de Dunwich, seres vivos, que no tienen nada de humano ni de bueno para la gente.

»La tierra rugió anoche y, por la mañana, Chauncey escuchó a las chotacabras gritar con tal escándalo en el barranco de Cold Spring que ya no pudo dormir. Después creyó oír otro sonido débil, hacia lo del brujo Whateley... una especie de desgarrido o rotura de madera, como si se abriera a lo lejos una gran caja de embalaje. Con esto y aquello el pobre muchacho no durmió hasta la salida del sol y, tan pronto como amaneció, lo primero que hizo fue ir a lo de los Whateley a ver qué sucedía. ¡Y vio bastante, ya lo creo, señora Corey! Esto no nos va a traer nada bueno, y creo que los hombres del pueblo deberían formar una partida y hacer algo. Sé que está pasando algo horrible, y que me llega la hora, aunque sólo Dios sabe de qué se trata.

»¿Le dijo su Luther qué dirección seguían las grandes huellas? ¿No? Bueno, señora Corey, si estaban de este lado del camino del barranco, y aún

no llegan a su casa, calculo que deben haber bajado al barranco mismo. Supongo que es así. Siempre digo que el barranco de Cold Spring no es un sitio decente ni saludable. Allí las chotacabras y las luciérnagas nunca actúan como criaturas de Dios, y hay quien dice que se pueden oír cosas que se mueven y conversaciones en el aire si uno se para en el lugar apropiado, entre la cascada y la Guarida del Oso.

Ese mediodía las tres cuartas partes de los hombres y muchachos de Dunwich hicieron una batida por los caminos y praderas entre las ruinas recientes de los Whateley y el barranco de Cold Spring, examinando horrorizados las enormes y monstruosas pisadas, el ganado mutilado de Bishop, la extraña y apestosa catástrofe de la granja, y la vegetación arrollada y aplastada de campos y cunetas. Lo que fuera que se hubiese desatado sobre el mundo, había ido sin duda al gran barranco siniestro; porque todos los árboles de las laderas estaban torcidos y rotos, y había quedado abierta una gran avenida entre los arbustos que colgaban sobre el precipicio. Era como si una casa, arrastrada por una avalancha, se hubiera precipitado hacia abajo a través de la vegetación enredada de la pendiente casi vertical. Desde abajo no llegaba ningún sonido, sino apenas una lejana e indefinible pestilencia. No es de extrañar que los hombres prefirieran quedarse en el borde y discutir, antes que bajar y desafiar al desconocido horror ciclópeo que allí se escondía. Al principio, tres perros que iban con el grupo habían ladrado furiosamente, pero se habían mostrado acobardados y temerosos en cuanto se acercaron al barranco. Alguien telefoneó para comunicar los hechos al *Aylesbury Transcript*; pero el director, acostumbrado a las locas historias de Dunwich, no hizo más que redactar un breve artículo humorístico, reproducido poco después por la Associated Press.

Esa noche todos se fueron a casa y cada hogar o establo fue convertido en la barricada más sólida posible. Es innecesario decir que no quedó ningún ganado afuera, en los pastizales. A eso de las dos de la mañana un hedor inmundos y el aullido salvaje de los perros despertaron a la familia de Elmer Frye, que vivía en el borde occidental del barranco de Cold Spring, y todos estuvieron de acuerdo en que pudieron oír una especie de siseos apagados o chapoteos procedentes de algún lugar del exterior. La señora Frye propuso telefonear a los vecinos y Elmer estaba por hacerlo cuando el ruido de madera destrozada interrumpió sus deliberaciones. Al parecer el rumor

provenía del establo y fue seguido de inmediato por espantosos mugidos y pataleos del ganado. Los perros babeaban y se acurrucaron a los pies de la familia atontada por el miedo. Frye encendió una linterna llevado por la fuerza del hábito, pero comprendió que salir hacia aquel oscuro corral significaba la muerte. Los niños y las mujeres lloriqueaban, privados de gritar por cierto oscuro y primitivo instinto de defensa que les indicaba que sus vidas dependían del silencio. Al final, el escándalo del ganado disminuyó hasta convertirse en patéticos gemidos, seguidos por una serie de chasquidos, crujidos y estruendos. Los Frye, apretujados unos contra otros en la sala, no se atrevieron a moverse hasta que los últimos ecos se alejaron rumbo al barranco de Cold Spring. Después, en medio de los lastimosos gemidos del establo y el demoníaco parloteo de las tardías chotacabras en el barranco, Selina Frye se tambaleó hacia el teléfono y difundió como pudo lo que sucedía en esa segunda fase del horror.



Al día siguiente, toda la región estaba sumida en el pánico; y grupos acobardados, enmudecidos, acudieron a donde habían ocurrido los hechos. Dos titánicos senderos de destrucción se extendían desde el barranco hasta la granja de los Frye; huellas monstruosas cubrían los trozos desnudos de

terreno y un coscado del viejo establo rojo se había derrumbado hacia adentro por completo. Sólo pudieron encontrar e identificar una cuarta parte del ganado. Algunas vacas estaban destrozadas en extraños fragmentos y tuvieron que sacrificar a todas las supervivientes. Earl Sawyer sugirió pedir auxilio a Aylesbury y Arkham, pero otros sostuvieron que sería inútil. El viejo Zebulon Whateley, perteneciente a una rama de la familia que se encontraba a medio camino entre la salud y la decadencia, presentó oscuras sugerencias alocadas acerca de ritos que debían practicarse en lo alto de las colinas. El anciano provenía de una línea genealógica donde la tradición era fuerte y sus recuerdos de cánticos en los grandes círculos de piedra no se relacionaban del todo con Wilbur y su abuelo.

La oscuridad cayó de nuevo sobre la estremecida región, demasiado pasiva como para organizar una auténtica defensa. En unos pocos casos, las familias con vínculos estrechos se reunieron y montaron vigilancia bajo un mismo techo. Pero en general sólo hubo una repetición de las barricadas de la noche anterior, y un gesto inútil, ineficaz de cargar mosquetes y tener a mano las puntiagudas horquillas. No ocurrió nada fuera de algunos ruidos en las colinas; y cuando despuntó el día muchos esperaron que el nuevo horror hubiese desaparecido con la misma brusquedad con que había llegado. Incluso algunos audaces propusieron emprender una expedición ofensiva hacia el barranco, aunque no se atrevieron a dar un ejemplo concreto a la desgana mayoría.

Cuando cayó la noche, se volvieron a repetir las barricadas, aunque hubo menos apiñamiento de familias. Por la mañana, tanto la familia Frye como la de Seth Bishop informaron sobre la excitación de los perros y sobre vagos sonidos y hedores lejanos, mientras que exploradores matutinos advirtieron con horror un nuevo rastro monstruoso en el camino que contorneaba Sentinel Hill. Como antes, los costados del camino mostraban un destrozo que señalaba la enorme y blasfema masa de horror. En cuanto a la conformación de las huellas, parecían sugerir un paso en dos direcciones, como si la montaña movediza hubiese venido del barranco de Cold Spring y regresado a él por el mismo camino. En la base de la colina, una faja de diez metros de arbustos y matorrales triturados llevaba hacia arriba, y los testigos quedaron con la boca abierta cuando vieron que ni siquiera el sitio más escarpado desviaba la inexorable trayectoria. Fuera lo que fuese el horror,

podía escalar un barranco de piedra casi absolutamente vertical; y cuando los expedicionarios dieron la vuelta a la colina para llegar a la cúspide por rutas más seguras, vieron que el rastro terminaba —o más bien, daba la vuelta allí.

Era aquel el sitio donde los Whateley solían prender sus fogatas y entonar sus rituales infernales junto a la piedra en forma de mesa en la víspera del primero de mayo y de Todos los Santos. Ahora esa misma piedra era el centro de un espacio enorme arrasado por el horror montañoso, mientras que sobre la superficie levemente cóncava se veía una densa y fétida masa de la misma viscosidad pegajosa observada en el suelo de la destrozada granja de los Whateley cuando el horror escapó. Los hombres se miraron unos a otros y murmuraron. Después observaron colina abajo. Al parecer el horror había bajado por una ruta idéntica a la del ascenso. Especular era inútil. La razón, la lógica y las ideas normales sobre motivación quedaban confundidas. Sólo el viejo Zebulon, que no iba con el grupo, podría haberle hecho justicia a la situación o sugerido una explicación plausible.

La noche del jueves empezó como las otras, pero acabó con menor fortuna. Las chotacabras del barranco habían estado chillando con una insistencia tan inusitada que muchos no pudieron dormir, y a eso de las tres de la madrugada todos los teléfonos sonaron estremecedoramente. Quienes alzaron el receptor escucharon una voz estragada por el miedo que gritaba: «¡Socorro, oh, Dios mío!...». Y algunos creyeron oír un estruendo seguido por la interrupción de la voz. No hubo nada más. Nadie se atrevió a hacer nada, y nadie supo hasta la mañana siguiente de dónde provenía la llamada. Después, quienes lo habían oído se estuvieron llamando entre ellos y descubrieron que sólo los Frye no contestaban. La verdad se conoció una hora más tarde, cuando un grupo de hombres armados reunidos a toda prisa se dirigió a la granja de los Frye, cerca de la boca del barranco. Era horrible, aunque no sorprendente. Se veían más pisadas monstruosas y vegetación aplastada, pero la casa ya no existía. Se había derrumbado hacia adentro como una cáscara de huevo y entre las ruinas no pudieron descubrir nada, vivo o muerto. Sólo una sustancia hedionda y pegajosa. La familia de Elmer Frye había sido borrada de la faz de Dunwich.

V I I I

Entretanto una fase más serena del horror, aunque aún más poderosa en el plano espiritual, se había ido desplegando oscura tras la puerta cerrada de un cuarto forrado de estanterías, en Arkham. El curioso registro manuscrito o diario de Wilbur Whateley, entregado para su traducción a la Universidad de Miskatonic, había provocado mucha preocupación y perplejidad entre los expertos en idiomas tanto antiguos como modernos. Su propio alfabeto, a pesar de una semejanza general con el denso arábigo empleado en Mesopotamia, era absolutamente desconocido para todas las autoridades en la materia. La conclusión final de los lingüistas era que el texto representaba un alfabeto artificial, dando la impresión de un código cifrado. Aun así, ninguno de los métodos usuales de solución criptográfica pareció suministrar una clave, incluso cuando se aplicaba sobre la base de cualquier idioma que pudiera haber llegado a usar quien lo escribiera. Los libros antiguos tomados de la casa de los Whateley, aunque suscitaban el interés y en ciertos casos prometían abrir nuevas y terribles líneas de investigación entre los filósofos y los hombres de ciencia, no sirvieron de nada en tal asunto. Uno de ellos, un pesado tomo provisto con cierres metálicos, estaba en otro alfabeto desconocido, dando la impresión de ser un sánscrito más antiguo que todos los conocidos. Al fin dejaron el gran libro mayor en manos del doctor Armitage, tanto por su peculiar interés en el caso Whateley, como por su amplia erudición lingüística y conocimiento de las fórmulas místicas de la Antigüedad y la Edad Media.



Armitage suponía que el alfabeto podía ser algún sistema esotérico empleado por ciertos cultos prohibidos que descendían de épocas remotas y que habían heredado muchas formas y tradiciones de los magos del mundo sarraceno. Sin embargo, esa cuestión no parecía vital, ya que podía ser

innecesaria para conocer el origen de los símbolos si, como el doctor sospechaba, eran usados como código de un idioma moderno. Armitage creía que, considerando la gran cantidad de texto, era difícil que quien lo había escrito deseara el problema adicional de emplear otra lengua que la suya, salvo tal vez en algunas fórmulas y encantamientos especiales. En consecuencia atacó el manuscrito con la presunción de que la mayor parte estaba en inglés.

El doctor Armitage sabía, por los fracasos repetidos de sus colegas, que el acertijo era profundo y complejo; y que no merecía la pena ensayar ningún modo simple de solución. A lo largo de los últimos días de agosto se preparó recurriendo a todos los tratados de criptografía que pudo encontrar. Echó mano a todos los recursos de su propia biblioteca y pasó noche tras noche sondeando la sabiduría arcana de la *Poligraphia* de Trithemius, del *De Furtivis Literarum Notis* de Giambattista Porta, del *Traite des Chiffres* de De Vigenere, del *Cryptomenysis Patefacta* de Falconer, de los tratados del siglo XVIII de Davy y Thicknesse, y de autoridades modernas tan sólidas como Blair, von Merten y los propios escritos de Klüber; con el tiempo llegó a convencerse de que se las veía con uno de aquellos criptogramas sutiles y muy ingeniosos, donde muchas listas de letras que se corresponden entre sí son dispuestas como la tabla de multiplicar, y donde el mensaje está construido con palabras clave arbitrarias sólo conocidas por el iniciado. Las autoridades más antiguas parecían bastante más útiles que las modernas y Armitage concluyó que el código del manuscrito era muy antiguo, sin duda transmitido a través de una larga serie de experimentadores místicos. Varias veces pareció acercarse a la luz, sólo para retroceder ante un obstáculo imprevisto. Al aproximarse septiembre, las nubes empezaron a despejarse. Ciertas letras, tal como se las usaba en ciertas partes del manuscrito, surgían de modo definido e inconfundible; y se iba haciendo obvio que el texto estaba escrito en inglés.

En la tarde del 2 de septiembre cayó la última barrera importante y el doctor Armitage leyó por primera vez un pasaje continuo de los anales de Wilbur Whateley. En verdad era un diario, como todos habían pensado, y estaba redactado en un estilo que mostraba con claridad la mezcla de erudición ocultista e incultura general, propia del extraño ser que lo escribió. El primer pasaje largo que Armitage descifró, una anotación fechada el 26 de

noviembre de 1916, resultó de lo más asombroso. Armitage recordó que estaba escrito por un niño de tres años y medio que parecía tener doce o trece.

Hoy aprender el Aklo para el Sabaoth —decía— que no gustó, ya que fue contestado desde la colina y no desde el aire. Lo del piso de arriba se adelanta a mí más que lo que yo había pensado y no parece que tenga mucho cerebro terrestre. Le pegué un tiro al collie Jack de Elam Hutchin cuando quiso mordirme, y Elam decir que me matará si me muerde. Espero que no. Abuelo siguió diciendo la fórmula Dho anoche, y creo que vi la ciudad interior entre los dos polos magnéticos. Iré a esos polos cuando la Tierra esté despejada, si no puedo comprender la fórmula Dho-Hna cuando la memorice. Los que viven en el aire me dijeron en el Sabbat que pasarán años antes que se despeje la Tierra, y supongo que abuelo muerto entonces, así que tendré que aprender todos los ángulos de los planos y todas las fórmulas entre el Yr y el Nhhngr. Los del exterior ayudarán, pero no pueden encarnarse sin sangre humana. Lo de arriba parece que tendrá el molde apropiado. Puedo verlo un poco cuando hago el signo de Woorish, o soplo el polvo de Ibn Ghazi sobre él, y está cerca como ellos en la víspera del primero de mayo sobre la Colina. La otra cara puede gastarse un poco. Me pregunto cómo me veré cuando la Tierra quede despejada y deje de haber seres terrestres. Aquel que vino con el Aklo Sabaoth dijo que yo podría transfigurarme porque hay mucho de afuera para trabajar.

La mañana encontró al doctor Armitage cubierto de un sudor frío de terror y en un frenesí de concentración. No había abandonado el manuscrito durante toda la noche, quedándose sentado ante la mesa bajo la luz eléctrica, pasando, con manos temblorosas, página tras página tan rápido como iba descifrando el texto críptico. Había telefoneado con voz nerviosa a su mujer para avisarle que no iría a casa y cuando ella le trajo el desayuno apenas si probó bocado. Siguió leyendo a lo largo de todo el día, deteniéndose desesperado de tanto en tanto cuando se hacía necesario volver a aplicar la compleja clave. Le llevaron el almuerzo y la cena, pero comió muy poco. Hacia la mitad de la noche siguiente se adormiló en la silla, pero pronto despertó, saliendo de una red de pesadillas casi tan espantosas como las verdades y amenazas para la existencia humana que había descubierto.

En la mañana del 4 de septiembre el profesor Rice y el doctor Morgan insistieron en verlo un momento, y salieron temblorosos y con el rostro ceniciento. Esa noche se acostó, pero durmió sólo a ratos. Al día siguiente, miércoles, estaba otra vez sobre el manuscrito, y empezó a tomar abundantes notas, tanto de los pasajes que iba leyendo como de los que ya había descifrado. En la madrugada durmió un poco en el sillón de su oficina, pero estaba trabajando otra vez en el manuscrito antes de que rompiera el alba.

Poco antes del mediodía lo visitó su médico, el doctor Hartwell, quien insistió en que dejara de trabajar. Armitage se negó alegando que era de la mayor importancia para él completar la lectura del diario, y prometió una explicación a su debido tiempo. Esa tarde, justo cuando caía el crepúsculo, concluyó el terrible escrutinio, y se echó hacia atrás, exhausto. Su esposa, al traerle la cena, lo encontró en un estado semicomatoso; pero tenía la conciencia necesaria como para advertirle con un grito áspero que se apartara cuando vio que los ojos de la mujer se dirigían a las notas que había tomado. Alzándose penosamente, reunió los papeles garabateados y los encerró en un sobre grande, que colocó de inmediato en el bolsillo interior del traje. Tuvo la energía suficiente como para llegar a su casa, pero necesitaba con toda claridad ayuda médica y llamaron de inmediato al doctor Hartwell. Cuando el médico lo acompañó a acostarse. Armitage sólo podía murmurar una y otra vez: «¿Pero qué podemos hacer, en nombre de Dios, qué podemos hacer?».

El doctor Armitage se durmió, aunque al día siguiente deliró por momentos. No le dio explicaciones a Hartwell, pero en sus instantes de calma le habló de la necesidad imperiosa de tener una prolongada entrevista con Rice y Morgan. Sus devaneos demenciales eran de lo más alarmantes, incluyendo alusiones frenéticas a destruir algo que se encontraba en una granja cerrada con tablas bien clavadas y fantásticas referencias a un plan para exterminar a toda la especie humana, animal y vegetal de la Tierra por parte de una terrible raza de seres más antigua procedente de otra dimensión. Armitage gritó que el mundo estaba en peligro, porque los Seres Antiguos deseaban arrasarlo y llevarlo fuera del sistema solar y el cosmos material a otro plano o fase, del que había salido en otros tiempos, hacía billones y billones de milenios. En otras ocasiones Armitage pedía el temido *Necronomicón* y la *Daemonolatreia* de Remigius, en los que esperaba encontrar alguna fórmula para conjurar el peligro.

—¡Deténganlos, deténganlos! —gritaba— ¡Los Whateley quieren dejarlos entrar, y aún falta lo peor! Avisen a Rice y a Morgan de que debemos hacer algo... es un asunto a ciegas, pero yo sé cómo fabricar los polvos... No se alimenta desde el 2 de agosto, cuando Wilbur vino aquí a morir, y a estas alturas...



Pero Armitage tenía un físico fuerte a pesar de sus setenta y tres años, y se libró del trastorno durmiendo esa noche, sin sufrir verdadera fiebre. Despertó la tarde del viernes, con la cabeza despejada, aunque templado por un temor que lo carcomía y con un sentido de la responsabilidad absoluto. El

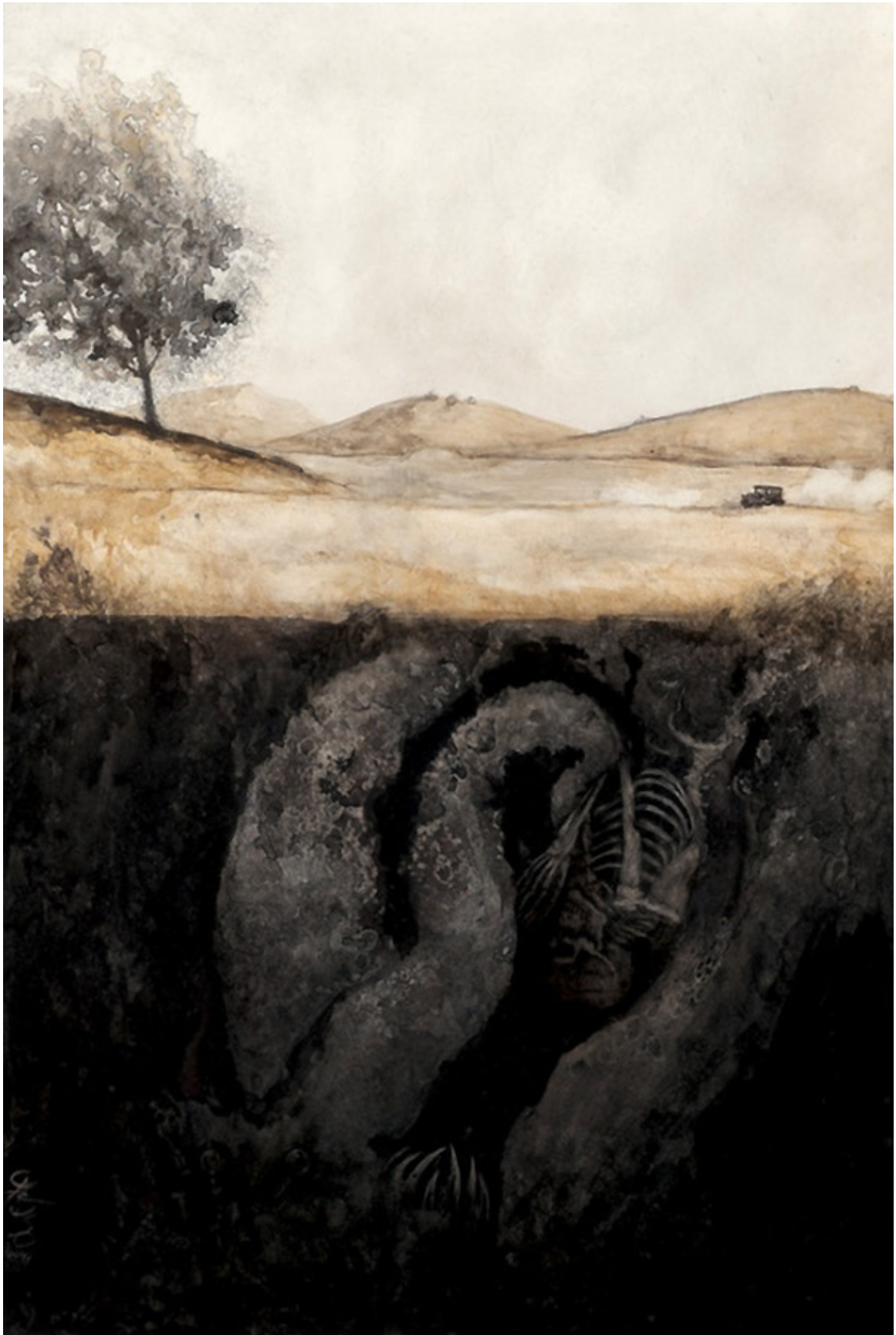
sábado por la tarde se sintió capaz de ir a la biblioteca y convocó a Rice y a Morgan a una reunión. Durante el resto del día y de la noche, los tres hombres torturaron sus cerebros con las especulaciones más salvajes y las discusiones más desesperadas. Sacaron numerosos libros extraños y terribles de las estanterías y de los sitios donde algunos se guardaban a buen recaudo; copiaron diagramas y fórmulas con prisa febril y abundancia desconcertante. No había el menor escepticismo. Los tres habían visto el cuerpo de Wilbur Whateley tendido en el suelo de una habitación de ese mismo edificio y, después de eso, ninguno de ellos podía sentirse siquiera ligeramente inclinado a considerar el diario como el delirio de un loco.

Las opiniones diferían sobre informar o no a la Policía Estatal de Massachusetts, y por último se impuso la negativa. Había de por medio cosas que simplemente no podían ser creídas por quienes no habían visto las pruebas, como de hecho se hizo patente durante algunas investigaciones posteriores. El grupo se separó tarde en la noche sin haber desarrollado un plan definido, pero, el domingo, Armitage estuvo todo el día ocupado comparando fórmulas y mezclas químicas obtenidas en el laboratorio universitario. Cuanto más reflexionaba sobre el diario infernal, más se inclinaba a dudar de la eficacia de cualquier agente material para acabar con el ente que Wilbur Whateley había dejado tras de sí... el ente que amenazaba a la Tierra y que, sin que Armitage lo supiera, había emergido hacía pocas horas dando comienzo al memorable horror de Dunwich.

El lunes fue una repetición del domingo para el doctor Armitage, porque la tarea en curso exigía una infinidad de búsquedas y experimentos. Consultas posteriores del monstruoso diario provocaron cambios de planes, y él sabía que, incluso hasta el último momento, permanecería un alto porcentaje de incertidumbre. Para el martes ya había trazado una clara línea de acción y creía que podría intentar un viaje a Dunwich en una semana. Entonces, el miércoles llegó la gran conmoción. Casi perdido en un rincón del *Arkham Advertiser* había un pequeño artículo gracioso de la Associated Press, donde se decía que el whisky de contrabando de Dunwich había hecho erguirse a un monstruo capaz de batir todos los récords. Armitage, apabullado, sólo pudo telefonar a Rice y Morgan. Discutieron hasta bien entrada la noche y al día siguiente se lanzaron raudos a hacer los preparativos para el viaje. Armitage sabía que iba a mezclarse con poderes

terribles, pero comprendió que no había otro modo de anular la injerencia más profunda y maligna que otros habían ejecutado antes que él.





I X

El viernes por la mañana. Armitage, Rice y Morgan partieron hacia Dunwich en automóvil, llegando a la aldea sobre la una de la tarde. El día era agradable, pero incluso bajo la más brillante luz del sol, una especie de quieto temor y presagio parecía cernirse sobre las colinas, extrañamente redondeadas, y los barrancos profundos y sombríos de la desolada región. De vez en cuando podía verse sobre una cúspide un lúgubre círculo de piedras recortado contra el cielo. Por el aire de silencioso miedo en el negocio de Osborn, los hombres supieron que algo espantoso había pasado y pronto se enteraron de la aniquilación de la casa y la familia de Elmer Frye. A lo largo de la tarde recorrieron los alrededores de Dunwich, interrogando a los oriundos del lugar sobre todo lo que había ocurrido y examinando en persona, con crecientes punzadas de horror, las pavorosas ruinas de los Frye con sus persistentes restos de viscosidad pegajosa, las huellas blasfemas en el corral de los Frye, el ganado malherido de Seth Bishop y las enormes avenidas de vegetación aplastada en varios lugares. El sendero que subía y bajaba de Sentinel Hill le pareció a Armitage de significado cataclísmico y se quedó mirando largo rato el siniestro altar de piedra de la cima.

Al fin los visitantes, advertidos de que una partida de policías estatales había llegado esa mañana desde Aylesbury en respuesta a los primeros informes telefónicos sobre la tragedia de los Frye, decidieron entrevistar a los agentes y cotejar notas hasta donde pudieran. Sin embargo descubrieron que era más fácil planearlo que realizarlo, porque no pudieron encontrar rastros del grupo por ningún lugar. Habían llegado cinco en un automóvil, pero éste estaba abandonado cerca de las ruinas del corral de los Frye. Los lugareños, que habían hablado con los policías, estaban al principio tan perplejos como Armitage y sus acompañantes. Después, el viejo Sam Hutchins pensó algo y empalideció, le dio un codazo leve a Fred Farr y señaló la húmeda y profunda hondonada que se abría allí al lado.

—Por Dios —jadeó—. Les dije que no bajaran al barranco y pensé que nadie lo haría con esas huellas, ese olor y las chotacabras chillando allá abajo en la oscuridad a pleno mediodía...

Un escalofrío sacudió tanto a la gente del lugar como a los visitantes y cada oído pareció aguzarse en una especie de atención inconsciente,

instintiva. Armitage, ahora que había dado con el horror y su obra monstruosa, temblaba con la responsabilidad que recaía sobre sus hombros. Pronto caería la noche y era entonces cuando la montañosa blasfemia emprendía su temible curso. *Negotium perambulans in tenebris...* El viejo bibliotecario ensayó la fórmula que había memorizado mientras estrujaba el papel que contenía la fórmula alternativa que no había memorizado. Comprobó que su linterna funcionara. Rice, justo a su lado, tomó de una valija un pulverizador metálico de los que se usan para fumigar insectos, mientras que Morgan desmontaba el rifle de caza mayor en el que confiaba pese a que sus colegas le habían advertido de que nada material podría ayudarles.

Habiendo leído el odioso diario de Wilbur, Armitage conocía dolorosamente qué tipo de manifestación esperar; pero no quería aumentar el temor de la gente de Dunwich dando algún indicio o clave. Esperaba poder vencerlo sin revelar al mundo qué espantoso monstruo andaba suelto. Cuando las sombras se hicieron más densas, los habitantes del lugar empezaron a retirarse en dirección a sus hogares, ansiosos de encerrarse, a pesar de la evidencia de que ningún cerrojo ni cerradura valía ante una fuerza que podía doblar árboles y triturar casas a voluntad. Agitaron la cabeza ante el plan de los visitantes de montar guardia frente a las ruinas de la casa de los Frye, próxima al barranco; y cuando partieron tenían pocas expectativas de volver a verlos.

Esa noche hubo estruendos bajo las colinas y las chotacabras chillaron amenazadoramente. De vez en cuando, el viento que trepaba del fondo del barranco de Cold Spring aportaba un matiz de hedor inefable al aire pesado de la noche; era una pestilencia que los tres hombres al acecho habían oído en otra ocasión, cuando estuvieron de pie junto a una cosa agonizante que durante quince años y medio había pasado por un ser casi humano. Pero el horror que buscaban no apareció. Lo que fuera que estuviese en el barranco se estaba tomando su tiempo, y Armitage les dijo a sus colegas que habría sido suicida tratar de atacarlo en la oscuridad.

Llegó la mañana pálida y los sonidos de la noche cesaron. Fue un día gris, lúgubre, con ráfagas esporádicas de lluvia, y hacia el noroeste parecieron ir apilándose nubes cada vez más densas más allá de las colinas. Los hombres de Arkham se encontraban indecisos. Al buscar refugio de la

lluvia que arreciaba bajo uno de los pocos cobertizos de Frye que aún se mantenía en pie, discutieron sobre la conveniencia de esperar o de tomar la ofensiva y bajar al barranco en busca de su indescriptible y monstruosa presa. El aguacero cobró fuerza y a lo lejos resonaron truenos. Temblaron relámpagos en el cielo y después un rayo bifurcado restalló muy cerca, como si hubiera golpeado el propio barranco maldito. El cielo se tornó muy negro y los tres científicos esperaron que la tormenta fuera breve y violenta y diera paso al buen tiempo.

Aún estaba horriblemente oscuro cuando, alrededor de una hora más tarde, se oyó una confusión babélica de voces que bajaba por el camino. Al momento vieron aparecer un espantado grupo de más de una docena de hombres, que corrían, gritaban y gimoteaban histéricamente. Uno de los que iba a la cabeza comenzó a balbucear y los hombres de Arkham se sobresaltaron con violencia cuando sus palabras hilaron algo coherente.

—¡Oh, Dios mío, Dios mío! —mascullaba— ¡Vuelve de nuevo y *esta vez de día!* ¡Salió... salió y se mueve en este mismo instante, y sólo el Señor sabe cuándo caerá sobre nosotros!

El que hablaba calló, jadeante, pero otro tomó su relevo.

—No hace una hora Zeb Whateley, aquí, oyó sonar el teléfono y era la señora Corey, la esposa de George, que vive abajo, en el cruce. Dice que el chico Luther, el peón, estaba fuera protegiendo el ganado de la tormenta después del gran rayo, cuando vio que todos los árboles, en la boca del barranco, en el lado opuesto a éste, caían a un lado; olió el mismo espantoso olor del otro lunes, cuando descubrió las grandes huellas. Y dice la señora que el chico oyó un sonido de deslizar y succionar, en absoluto parecido al que pueden hacer los árboles y los matorrales derribados, y que de repente los árboles al costado del camino empezaron a torcerse hacia un lado, y hubo un tremendo ruido de patear y chapotear en el barro. Pero fíjese que Luther no vio absolutamente nada, sólo los árboles y la maleza que caían.

»Luego, más adelante, donde el arroyo de Bishop pasa bajo el camino, oyó un espantoso crujir y chasquear en el puente, y dice que pudo distinguir el sonido de madera que empezaba a partirse y astillarse. Y seguía sin ver nada, sólo los árboles y arbustos doblándose. Y cuando el sonido deslizante se alejó por el camino, hacia lo del brujo Whateley y Sentinel Hill, Luther tuvo el coraje de acercarse hasta el sitio de los ruidos y mirar el suelo. Era

todo barro y agua, y el cielo estaba oscuro, y la lluvia estaba borrando rápidamente las huellas; pero cerca de la boca del barranco, donde los árboles se habían movido, aún se veían unas huellas horrendas, grandes como barriles, como las que había visto el lunes.

En ese momento lo interrumpió el hombre que había hablado primero.

—Pero *eso* no es el problema ahora... es sólo el comienzo. Zeb estaba convocando a la gente y todos estaban escuchando cuando lo interrumpió una llamada de la casa de Seth Bishop. Sally, su ama de llaves, hablaba desesperadamente... decía haber visto los árboles doblándose junto al camino, y afirmaba que había un sonido acorchado, como el de un elefante resoplando y caminando, que avanzaba hacia la casa. Después se detuvo y habló de un olor espantoso, y dice que el chico, Chauncey, estaba gritando que era igual al que había en las ruinas de los Whateley el lunes por la mañana. Y los perros ladraban y gemían horriblemente.

»Después la mujer soltó un grito terrible y dice que el cobertizo camino abajo se había derrumbado hacia adentro como si lo hubiera destrozado la tormenta, sólo que el viento no bastaba para hacerlo. Todos estábamos escuchando y se podía oír en el auricular el jadeo de muchas personas. De pronto Sally volvió a gritar y dice que la cerca que había ante la casa acababa de derrumbarse, aunque no se veía nada que pudiera haberlo provocado. Después todos los del teléfono pudieron oír también a Chauncey y al viejo Seth aullando, y Sally estaba chillando que algo pesado había embestido la casa... no un rayo, ni nada por el estilo, sino algo muy pesado que había golpeado contra el frente, y que seguía lanzándose una y otra vez contra la casa, aunque no podía verse nada por las ventanas. Y entonces... y entonces...

El terror se acentuó en todos los rostros y Armitage, sacudido como estaba, apenas tuvo el ánimo suficiente como para instar al hombre a proseguir.

—Y entonces... Sally aulló: «Socorro, la casa se está derrumbando»... y por la línea pudimos oír un estruendo demoledor y un coro de gritos espantosos... como cuando pasó lo de Elmer Frye, sólo que aún peor...



El hombre hizo una pausa y siguió otro del grupo.

—Eso fue todo... no hubo ni un sonido, ni un lamento en el teléfono después de eso. Sólo silencio. Los que habíamos estado oyendo salimos en los automóviles y las carretas y reunimos a todos los hombres sanos y robustos que pudimos en la granja de Corey, y hemos venido aquí a ver qué piensan ustedes que debe hacerse. Lo que yo creo es que el Señor nos juzga por nuestras iniquidades y que ningún mortal se salvará.

Armitage comprendió que había llegado el momento de ponerse en acción y habló con decisión al grupo tembloroso de campesinos aterrados.

—Debemos seguirlo, señores —dijo tratando de que su voz diera la máxima impresión de seguridad—. Creo que existe una posibilidad de resolver esto, Todos ustedes saben que los Whateley eran brujos. Pues bien, creo que es una especie de brujería y debe ser eliminado con los mismos medios. He leído el diario de Wilbur Whateley y algunos de los libros antiguos que él acostumbraba leer; y creo saber qué clase de conjuro hay que recitar para que esa cosa desaparezca. Es invisible... como yo suponía. Pero en este pulverizador hay polvo que puede hacerlo aparecer por un segundo. Más tarde lo pondremos a prueba. Es un ser terrible como para estar vivo, pero no tan malo como hubiera sido de hallarse aún vivo Wilbur. Nunca

sabrán ustedes de lo que se ha librado el mundo. Sabemos que debemos luchar contra ese ser y que no puede multiplicarse. Sin embargo puede hacer mucho daño, así que no podemos dudar a la hora de librar de él a la comunidad.

»Debemos seguirlo y el modo de empezar es dirigirnos al sitio que acaba de destrozar. Que alguien nos guíe: no conozco muy bien los caminos de la región, pero seguro que hay un atajo. ¿Estamos de acuerdo?

Los hombres hicieron movimientos vacilantes por un momento y luego Earl Sawyer habló titubeante, señalando con un dedo tiznado a través de la lluvia que iba cesando con rapidez.

—Supongo que el camino más rápido para llegar a lo de Seth Bishop es cortando por el prado de abajo, pasando el arroyo por el vado y subiendo por los sembradíos de Carrier y la arboleda que está un poco más allá. Así saldrán por el camino alto, que está bien cerca de lo de Seth... un poco al otro lado.

Armitage empezó a caminar con Rice y Morgan en la dirección indicada, y la mayoría de los hombres del lugar los siguieron lentamente. El cielo estaba despejando y había señales de que la tormenta se alejaba. Cuando Armitage tomó sin darse cuenta una dirección equivocada. Joe Osborn se lo advirtió y se adelantó para guiarlos. El coraje y la confianza crecían. Aun así, la luz crepuscular de la colina boscosa, de laderas casi perpendiculares hasta el fin del atajo, por entre cuyos antiguos árboles de formas fantásticas tuvieron que trepar casi como por una escala, puso a prueba semejantes cualidades.

Al cabo desembocaron en un camino embarrado, para encontrarse con que el sol estaba saliendo tras las nubes. Había un corto trecho hasta la granja de Seth Bishop, pero los árboles torcidos y las huellas espantosamente inconfundibles mostraban qué había pasado por allí.

Demoraron apenas unos segundos en revisar las ruinas más allá de la curva. Era una réplica exacta del incidente en casa de los Frye, tampoco allí encontraron nada vivo o muerto en ninguna de las cáscaras destrozadas en que se habían convertido la casa y el establo de los Bishop. Nadie deseaba quedarse en medio del hedor y la viscosidad pegajosa, pero todos se volvieron instintivamente hacia la línea de horribles pisadas que iban hacia la derruida granja de los Whateley y las laderas coronadas por el altar de

Sentinel Hill.

Al pasar junto a la casa de Wilbur Whateley, los hombres se estremecieron de modo evidente y una vez más pareció mezclarse la vacilación con el coraje. No era trivial perseguir algo tan grande como una casa, que no podía verse pero que tenía toda la malevolencia impía de un demonio. Al pie de Sentinel Hill las huellas abandonaban el camino, y había más vegetación torcida, visible a lo largo de la ancha franja que mareaba la primera vez que el monstruo había subido y bajado de la cima.

Armitage extrajo un pequeño catalejo de considerable alcance y escudriñó la empinada ladera verde de la colina. Después le tendió el instrumento a Morgan, que tenía mejor vista. Tras mirar un momento, Morgan lanzó una exclamación aguda, pasándole el catalejo a Earl Sawyer y señalando cierto punto de la pendiente con el dedo. Sawyer, torpe como todos los que no están acostumbrados a utilizar instrumentos ópticos, tanteó sin resultado, pero al fin enfocó las lentes con ayuda de Armitage. Cuando lo logró su grito fue menos contenido que el de Morgan.

—¡Por Dios Todopoderoso! ¡La hierba y los arbustos se mueven! ¡Está subiendo... lento... arrastrándose... Va hacia la cima en este momento, sólo el cielo sabe para qué!

El germen del pánico pareció cundir entre los hombres del grupo. Una cosa era perseguir a aquel ente innombrable y otra muy distinta encontrarlo. Los conjuros podían ser eficaces pero ¿y si fallaban? Las voces empezaron a interrogar a Armitage sobre lo que sabía de aquel ser y ninguna respuesta pareció satisfacerlos. Todos se sintieron muy cerca de estados del ser y la naturaleza completamente prohibidos y del todo ajenos a la sana experiencia de la humanidad.

X

Al final, los tres hombres de Arkham —el anciano de barba blanca que era el doctor Armitage, el robusto y canoso profesor Rice y el delgado y joven doctor Morgan— subieron solos a la montaña. Tras muchas y pacientes instrucciones sobre el enfoque, dejaron el catalejo al asustado grupo que se quedó en el camino. Mientras trepaban eran observados con cuidado por quienes tenían el aparato. Subir resultó una tarea difícil y Armitage necesitó ayuda en más de una ocasión. Muy por encima del esforzado grupo, el terreno aplastado temblaba, como si el ser infernal responsable de ello pasara una y otra vez sobre él, con paciencia de caracol. Después se hizo evidente que los perseguidores ganaban terreno.

Curtis Whateley —de la rama no degenerada de la familia— estaba con el catalejo cuando el grupo de Arkham sorteó de repente el claro. Curtis dijo a los demás que, sin duda, los hombres estaban tratando de llegar a un pico secundario que dominaba la franja en un punto que se encontrara bastante más adelante del sitio donde ahora los matorrales se aplastaban. Fue una deducción acertada: pudieron ver cómo el trío ganaba la elevación menor sólo un poco después de que la abominación invisible hubiera pasado.

Entonces, Wesley Corey, que había tomado el catalejo, exclamó que Armitage estaba preparando el pulverizador que llevaba Rice y que algo debía estar a punto de suceder. El grupo se movió inquieto, al recordar lo que se esperaba: que el pulverizador le diera al horror invisible un momento de visibilidad. Dos o tres hombres cerraron los ojos, pero Curtis Whateley arrebató el catalejo para volver a mirar y forzó la vista al máximo. Vio que Rice, desde el punto aventajado que se encontraba por encima y detrás del ser, tenía una oportunidad excelente de dispersar aquel potente polvo de efectos prodigiosos.



Quienes no tenían catalejo vieron apenas por un instante una nube gris — una nube con el tamaño aproximado de un edificio más o menos grande— cerca de la cima de la montaña. Curtis, que tenía el instrumento óptico, lo dejó caer en el barro profundo del camino con un chillido penetrante. Se

tambaleó y se habría desmoronado si otros dos o tres compañeros no lo hubieran aferrado. Todo cuanto podía hacer era gimotear un casi inaudible:

—¡Oh, oh, por Dios Todopoderoso... *eso... eso...!*

Hubo un pandemónium de preguntas, sólo Henry Wheeler pensó en rescatar el catalejo caído y quitarle el barro. Curtis era incapaz de decir algo coherente y ni siquiera lograba dar respuestas aisladas.

—Más grande que un establo... todo de cuerdas retorciéndose... con la forma como de un huevo de gallina más grande que cualquier cosa, con docenas de patas como toneles que se cierran al caminar... no tiene nada sólido... todo es como gelatina, hecho de cuerdas separadas que se retuercen muy apretadas... grandes ojos por todas partes... diez o veinte bocas o trompas sobresaliendo a lo largo de los costados, grandes como tubos de chimenea, moviéndose y abriéndose y cerrándose... todo gris, con algo así como anillos azules o púrpuras... *¡y por Dios... ese medio rostro en lo más alto...!*

Este recuerdo final, cualquiera que fuese, resultó demasiado para el pobre Curtis; se desmayó por completo antes de poder decir nada más. Fred Farr y Will Hutchins lo llevaron a un lado del camino y lo tendieron sobre la hierba húmeda. Henry Wheeler, temblando, enfocó el catalejo hacia la montaña para ver qué ocurría. A través del objetivo era posible discernir tres pequeñas siluetas que, al parecer, corrían hacia la cima tan rápido como se lo permitía la abrupta pendiente. Sólo eso, nada más. Después todos percibieron un ruido extraño e intempestivo en lo profundo del valle de atrás y aún en la maleza de Sentinel Hill. Era el chirrido de incontables chotacabras, y en el coro agudo parecía esconderse una nota de expectativa tensa y maligna.

Earl Sawyer tomó entonces el catalejo e informó que las tres siluetas estaban en lo más alto de la colina, prácticamente al mismo nivel que el altar de piedra pero a considerable distancia del mismo. Dijo que una figura parecía estar alzando las manos por encima de la cabeza a intervalos rítmicos. Cuando Sawyer lo mencionó, el grupo pareció oír un sonido tenue, casi musical que venía de lejos, como si un cántico en voz alta acompañara los gestos. La silueta extravagante en aquella cima remota debía de ser un espectáculo infinitamente grotesco e impresionante, pero ningún observador estaba con ánimo como para consideraciones estéticas.

—Supongo que está pronunciando el conjuro —susurró Wheeler

mientras volvía a apoderarse del catalejo. Las chotacabras chillaban como locas y con un ritmo singular, irregular, muy distinto al del ritual visible.

De pronto, la luz del sol pareció disminuir sin la intervención de ninguna nube. Era un fenómeno muy peculiar, y todos lo notaron con claridad. Un estruendo considerable pareció crecer bajo las colinas, mezclándose de forma extraña con un fragor concordante que provenía, sin duda, del cielo. Centelleó un relámpago y el grupo de hombres perplejos buscó en vano indicios de tormenta. El cántico de los hombres de Arkham se hizo ahora inconfundible y Wheeler vio por el catalejo que todos estaban alzando los brazos al ritmo del conjuro. Desde alguna granja remota llegó el frenético ladrido de los perros.

El cambio de la luz se hizo aún más patente y el grupo miró perplejo al horizonte. Una oscuridad purpúrea, nacida de algo más que el ahondamiento espectral del cielo azul, caía sobre las rugientes colinas. Entonces el relámpago volvió a estallar, un poco más brillante que antes, y el grupo creyó ver que había delineado cierta neblina alrededor del altar de piedra, sobre la cima lejana. Sin embargo nadie había estado usando el catalejo en ese instante. Las chotacabras seguían emitiendo su latido irregular y los hombres de Dunwich, en tensión, se prepararon contra cierta amenaza imponderable que parecía saturar la atmósfera.

Sin advertencia previa llegaron aquellos *sonidos* vocales profundos, cascados, roncós, que nunca abandonarían la memoria de los estremecidos hombres que los oyeron. No habían nacido de ninguna garganta humana, porque los órganos del hombre no pueden soportar semejantes perversiones acústicas. Más bien habría podido decirse que provenían del propio infierno, de no mediar el hecho de que el sitio de origen inconfundible era el altar de piedra de la cima. Es casi un error llamarlos sonidos, dado que gran parte de su horrendo timbre infrasónico hablaba a difusos estados de conciencia y terror, más que al mismo oído. Sin embargo uno debía hacerlo, porque la forma que adoptaban era, indudable aunque vagamente, la de *palabras* semiarticuladas. Eran intensos —intensos como el rugir y el resonar del trueno sobre sus cabezas—, aunque no provenían de ningún ser visible. Y dado que la imaginación puede sugerir cualquier fuente conjetural en el mundo de los seres invisibles, el grupo apiñado se apretó aún más torciendo el gesto como quien espera un golpe.

—*Ygnaiih... ygnaiih... thflthkh'ngaha... Yog-Shothoth...* —resonaba el horrendo graznido caído del cielo—. *Y'bthnk... h'ehye n'grkdl'lh...*



En ese momento el impulso a hablar pareció flaquear, como si se estuviera desarrollando alguna pavorosa lucha espiritual. Wheeler forzó la mirada en el catalejo, pero sólo vio a las tres grotescas siluetas humanas sobre la cima, todas moviendo los brazos con furia en gestos extraños mientras el conjuro se acercaba a la culminación. ¿De qué negros avernos de miedo o sentimientos aquerónticos, de qué abismos nunca sondeados de conciencia extracósmica o herencia oscura, latente en el tiempo, procedían aquellos graznidos atronadores y semiarticulados? Pronto empezaron a adquirir renovada fuerza y coherencia mientras crecían en un frenesí supremo, extremo y completo.

—*Eh-y-ya-yahaah... e'yayayaaa... ngh'aaa... ngh'aa... h'yuh...*
¡Socorro! ¡Socorro!... ¡Pp-pp-pp... Padre! ¡Padre! ¡*Yog-Sothoth!*

Pero eso fue todo. El grupo pálido del camino, aún tambaleante ante las sílabas *indiscutiblemente inglesas* que habían brotado densa y atronadoramente del frenético espacio vacío junto al estremecedor altar de piedra, nunca oyó esas sílabas de nuevo. En cambio saltaron con violencia ante la terrorífica detonación que pareció desgarrar las colinas, el estruendo ensordecedor, cataclísmico, cuya fuente, fuese en las entrañas de la Tierra o

en el cielo, no pudo identificar ninguno de los oyentes. Un solo relámpago chasqueó desde el cénit púrpura hasta el altar de piedra y una gran marea de fuerza invisible y de hedor indescriptible se difundió desde la colina a toda la zona. Árboles, hierba y arbustos fueron azotados con furia; y el grupo espantado, al pie de la montaña, debilitado por el hedor letal que parecía casi asfixiarlos, estuvo a punto de desplomarse. Los perros aullaban a lo lejos, la hierba y el follaje verde se marchitaron hasta adquirir un curioso, enfermizo tono amarillo grisáceo, y sobre el campo y el bosque quedaron dispersos los cadáveres de las chotacabras.

El hedor se dispersó con rapidez, pero la vegetación nunca se recuperó. Hasta hoy queda algo de curioso e impío en la vegetación de esa espantosa colina. Curtis Whateley estaba recobrando la conciencia cuando los hombres de Arkham descendieron de la montaña bajo los rayos de un sol más brillante y límpido. Se los veía graves y silenciosos, y parecían sacudidos por recuerdos y reflexiones aún más terribles que las que habían reducido al grupo de hombres de la región a un estado de tembloroso acobardamiento. Como respuesta a un montón de preguntas se limitaron a sacudir la cabeza y reafirmar un hecho vital.

—La cosa se ha ido para siempre —dijo Armitage—. Ha sido arrojada al seno de aquel que lo engendró y no puede volver a existir. Era una imposibilidad en un mundo normal. Sólo una muy ínfima fracción era materia tal como la conocemos. Era como su padre: y la mayor parte de él ha regresado a cierto reino o dimensión fuera de nuestro universo material; cierto abismo impreciso del que sólo pudieron convocarlo sobre las colinas los ritos más malditos de la blasfemia humana.

Hubo un breve silencio y en esa pausa los desconcertados sentidos del pobre Curtis Whateley comenzaron a hilvanarse en una especie de continuidad, entonces se llevó las manos a la cabeza con un lamento. El recuerdo pareció proseguir donde se había interrumpido y el horror de la visión que lo había postrado cayó de nuevo sobre él.

—*Oh, oh, Dios mío, esa especie de cara... esa especie de cara encima... esa cara de ojos rojos y pelo quebradizo, albino, sin mentón, como los Whateley... era algo como un molusco, un ciempiés, una araña, pero tenía un rostro humano a medio formar y parecía el del brujo Whateley, sólo que tenía metros y metros de ancho...*

Hizo una pausa, exhausto, mientras todo el grupo de lugareños lo miraba con un asombro que aún no había cristalizado en terror. Sólo el viejo Zebulon Whateley, que recordaba al azar cosas antiguas pero que había estado en silencio hasta entonces, habló en voz alta.

—Fue hace quince años —divagó—. Oí decir al viejo Whateley cómo algún día oiríamos al chico de Lavinia pronunciando el nombre del padre desde lo alto de Sentinel Hill...

Pero Joe Osborn lo interrumpió para volver a interrogar a los hombres de Arkham.

—¿Qué era, en todo caso, y cómo hizo el joven brujo Whateley para llamarlo desde el aire a la Tierra?

Armitage eligió las palabras con sumo cuidado.

—Era... bueno, era en su mayor parte una especie de fuerza que actúa y crece y se forma mediante leyes distintas a las de nuestra porción de espacio. No tenemos por qué convocar cosas así desde el exterior, y sólo la gente y los cultos más malvados procuran hacerlo alguna vez. Había algo suyo en el propio Wilbur Whateley... lo bastante como para hacer de éste un demonio y un monstruo precoz, y para hacer de su muerte un espectáculo terrible. Voy a quemar su diario maldito y si ustedes son sensatos dinamitarán ese altar de piedra, allá arriba, y derribarán todos los anillos de rocas erguidos sobre las demás colinas. Cosas como éstas atraen a los seres que tanto querían los Whateley... los seres que ellos iban a hacer tangibles para aniquilar a la raza humana, arrastrar a la Tierra a algún indescriptible lugar y conseguir algún propósito innombrable.

«Pero en cuanto a este ser que acabamos de devolver a su lugar de origen... los Whateley lo criaron para desempeñar un papel terrible en lo que iba a ocurrir. Creció rápido y grande por el mismo motivo que Wilbur creció rápido y grande... pero aún fue más que él porque había una mayor proporción de *exterioridad* en él. No necesitan preguntar cómo pudo convocarlo Wilbur desde el aire. No lo convocó. *Era su hermano gemelo, sólo que se parecía bastante más a su padre que él.*



